

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. BARBERO.—Madrid

EL.—Siento así como una opresión en el pecho.

ELLA (que en el fondo es una sentimental).—¿No será la cartera?

Ayuntamiento de Madrid



CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

5.—Jeroglífico.



9.—Teatral.

PATATAS GUIADAS
ESTOFADO
ENSALADA DE LECHUGA

DON

10.—De un estribillo.

DEL TACON 1.000 E
DEL TACON 1.000 E
DEL TACON 1.000 E

CUPÓN

correspondiente al núm. 150

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

6.—Una isla.

—No está bien esa *prima-dos*, pequeño.

—La culpa es de *dos-dos*, que me ha distraído.

—Eso es una *tercia-dos* para disculparte.

—Bueno; pues cuando termine el mapa de *todo*, hablaremos.

11.—No debe hacerse en medio de la calle.

INSALUS
MONDARIZ
CORCONTE
MES
TORO

12.—Se acabaron.
(De la supresión del juego.)

OSTR
G
WTON
:

13.—Sólo tiene una copa.

CASI
F
VÁISIA

7.—De estaciones y cuarteles.

PERDIGUERO
RECIPIENTE

8.—Un autor que... ¡ha picado!

NEGRO
CORTEZA MEDICINAL

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre.

Para las condiciones de este Concurso véase nuestro número 149.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase : :: de insectos :: :



El más afortunado de la familia

es el bebé, porque desde que nació
ha conocido la delicia de lavarse con

JABÓN HENO DE PRAVIA

..... DESCONFÍE
USTED
de quien le ofrezca los productos
de la Perfumería Gal a
precio más reducido. En todos
los comercios de España,
Baleares y Canarias, se venden
a los mismos precios que
en nuestras tiendas al detall.
Es lógico sospechar de quien
renuncia al modesto margen
de utilidad en la venta.

Es el jabón ideal de tocador, puro, espumoso,
intensamente perfumado. Su espuma suave
es una caricia para el cutis.

GAL
MADRID

EL COLMO DEL RECLAMO



AJO sobre cuidadosamente cerrado, y con el natural asombro, por mi parte, recibí de Méjico, hace días, la siguiente tarjeta:

FURNISHED ROOM

CUARTOS AMUEBLADOS

AV. JUÁREZ, N.º 53 C. JUÁREZ, CHIH. MEX.
Precios desde 75 cs. O. A. en adelante

HONRADEZ, ORDEN Y MORALIDAD

Les proporcionamos cuartos sin muebles, renta económica mensual, propio a los que no puedan arreglar sus asuntos de ley de Emigración Americana que indispensablemente procurarán de la paciencia para evitar el fracaso.

PROPIETARIA:

RAFAELA B. DE T. RODRIGUEZ

*Si parla italiano. English spoken.
On parle française.*

Yo no he estado nunca en Méjico, ni pienso ir, al menos por ahora. Ignoro, pues, con qué objeto me han remitido esa tarjeta, que, por lo que después de concienzudos y minuciosos análisis he podido deducir, contiene simplemente el anuncio de una agencia de cuartos amueblados, o cosa parecida.

Pero, ¡qué anuncio! Dejándonos guiar por la primera impresión, aseguráramos que el propósito del anunciante fué el de conseguir que nadie entendiese lo que quería decir. Y, sin embargo, nada más lejos de la verdad. El redactor del anuncio ha demostrado, por esa sola muestra de su ingenio, ser un habilísimo reclamista. Le importa, sin duda, muy poco que le entiendan o no sus lectores. Lo que le interesa es que lean el anuncio. Y a fe que lo ha conseguido.

En las grandes ciudades es cosa corriente recibir, cuando se va por la calle, unas octavillas que contienen el anuncio de un restaurante económico, de una zapatería barata o de una sastretería a plazos. Tales anuncios se hallan escritos en un castellano bastante claro y en ello estriba el escaso éxito que alcanzan. Se los toma por compromiso, se les da un ligero vistazo, y

una vez leído, se arroja el anuncio con el mayor desprecio, sin que nadie vuelva a acordarse del nombre del anunciante. Y todo por estar escrito con claridad.

En cambio, si se nos da un anuncio en el que a las primeras de cambio tropezamos con una frase obscura, con un concepto ininteligible o con una palabra desconocida, lejos de desprendernos de él, lo doblamos cuidadosamente, lo guardamos con el mayor cariño, y, una vez en casa, volvemos a leerlo cuantas veces sea necesario, hasta descifrar el enigma. Y si no lo conseguimos por nuestra cuenta, lo llevamos a la oficina o al café y se lo damos a leer a nuestros amigos, que, a su vez, sacan copias y las someten a ulteriores consultas, con lo cual el anuncio llega a alcanzar una circulación enorme. He aquí el gran éxito del

anunciante. El nombre de éste, repetido hasta el infinito, por ser quizá lo único que aparece perfectamente claro, es aprendido de memoria por miles de ciudadanos, y si algún día, el caballero en cuestión, ya popular, tiene la feliz ocurrencia de decirnos en castellano neto que es fabricante de alpargatas o exportador de aceites, habrá hecho el negocio. ¿Comprenden ustedes?

Yo sospecho que éste ha sido el propósito de doña Rafaela B. de T. Rodríguez, único nombre que entiendo, aunque no del todo, en el anuncio mejicano. Todo lo demás es, para mí, absolutamente indescifrable. Mil y mil veces lo he leído y lo han leído mis amigos sin que ninguno hay tenido la fortuna de averiguar qué quiere decir la señora Rodríguez a los infelices «que no puedan arreglar sus asuntos de ley de Emigración Americana, que indis-

pensablemente procurarán de la paciencia para evitar el fracaso»... En estas frases cabalísticas debe de encerrarse un enigma terrible. Pensando en ello, he pasado noches de insomnio, días de angustia. La señora Rodríguez ha llegado a ser mi obsesión. Por todas partes, en todo momento, me parece ver a la señora Rodríguez con su anuncio en una mano y con la ley de Emigración Americana en la otra, mirándome dulcemente e invitándome a alquilar uno de sus cuartos amueblados. Si lo que a mí me sucede sucede también a todos los que han leído el reclamo, la señora Rodríguez debe de ser a estas fechas mucho más popular que Colón, que Bolívar y que Edison.

El anuncio resulta, pues, ingeniosísimo. La señora Rodríguez ha demostrado ser una consumada maestra en el difícil arte del anuncio.

No obstante, una cosa se le ha olvidado decir en su tarjeta circular. Después de asegurarnos que en su casa se habla italiano, inglés y francés, ha debido añadir: «Lo único que no se sabe hablar es castellano.»



Dib. SILENO.—Madrid.

MARCIANO ZURITA

GALERÍA
PINTORESCA

UN DIRECTOR A LA MODA

VII

¿Pero en qué piensas, gran Valeriano?

¿No te das cuenta
de que debieras cantar de plano
ya que la suerte se te presenta?
¿No ves lo que hacen tus compañeros?
¿Por qué no formas tú compañía
y alzas el vuelo sin ataderos
y haces lo que ellos hacen hoy día?

Siguiendo todos la moda nueva,
ya casi nadie se pone el *Don*;
hoy lo que priva, lo que se lleva,
es, por lo visto, la *sans façon*.

Por eso vemos todos los días,
si repasamos la Prensa entera,
cómo se anuncian las compañías
de esta manera:

«La de *Manolo* Congrio Fernández,
la de *Perico* Sánchez Atún
y la de *Pepe* Percebe Hernández
y la de *Paco* Negro Betún!...»

¿Puede haber nada más desairado
ni más imbécil, ni más ramplón,
que el que uno mismo se dé un dictado
tan despectivo... por presunción?

De aquí que artistas muy excelentes,
que acaso alguno fuese un prodigio,
bajo su mando, siempre obedientes,
caminen tristes, indiferentes,

al desprestigio,
por el capricho necio, vulgar,
del mamarracho del director
que así se cree más *popular*...

¡y es un error!
Si bien se mira,

ninguno de ellos por su talento,
que nadie admira,
mereció nunca más tratamiento;
pero no obstante,
por el respeto social debido,
hay que gritarles: —¡¡Eh, presumido,
que hay todavía gente delante!!...

Por eso todos, grandes y chicos,
ven que es la hora de la puntilla
y que acabemos ya de una vez
con esos *Pacos* y esos *Pericos*...
aunque se enfaden los de Melilla
y aunque se indignen los de Aranjuez.

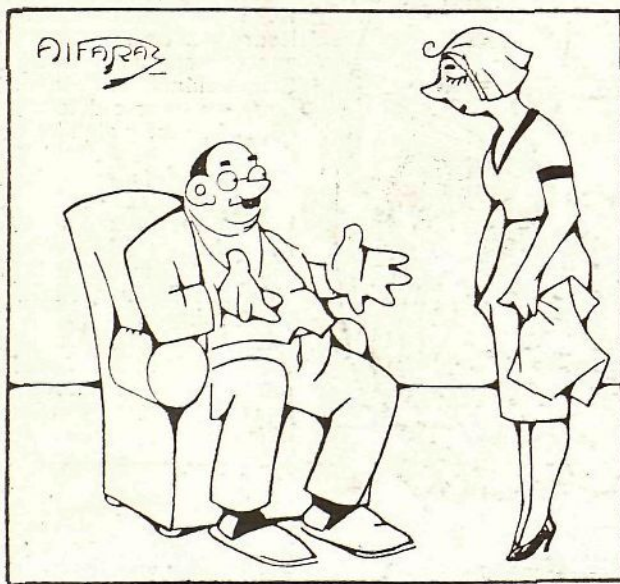
A pesar de esto,
yo te aconsejo, buen Valeriano,
que te aproveches con un pretexto
de lo que es moda y está en tu mano.

Ya que eres *Bueno* por tu apellido,
que tan bien suena,
y has sido siempre muy aplaudido
sobre la escena;
ya que tu escuela fina, graciosa,
entre las buenas se clasifica
y en modo alguno te perjudica
llamarte *Sosa*,
explota el nombre. ¡No seas tonto!
Si me haces caso, con lo que vales
verás qué pronto
te haces el amo de tus iguales.

Con tus talentos extraordinarios
forma en seguida, vete a Reinosa
y haz que te anuncien en los diarios:
Valeriano Bueno de Sosa...
¡y hasta te aclaman los boticarios!

FIACRO YRÁYZOZ

(Próximamente ¡El 1.551!)



Dib. ALFARAZ.—Madrid.

—Hija mía: eres bonita, joven y rica. Yo creo que puedes ir pensando en elegir un buen novio...

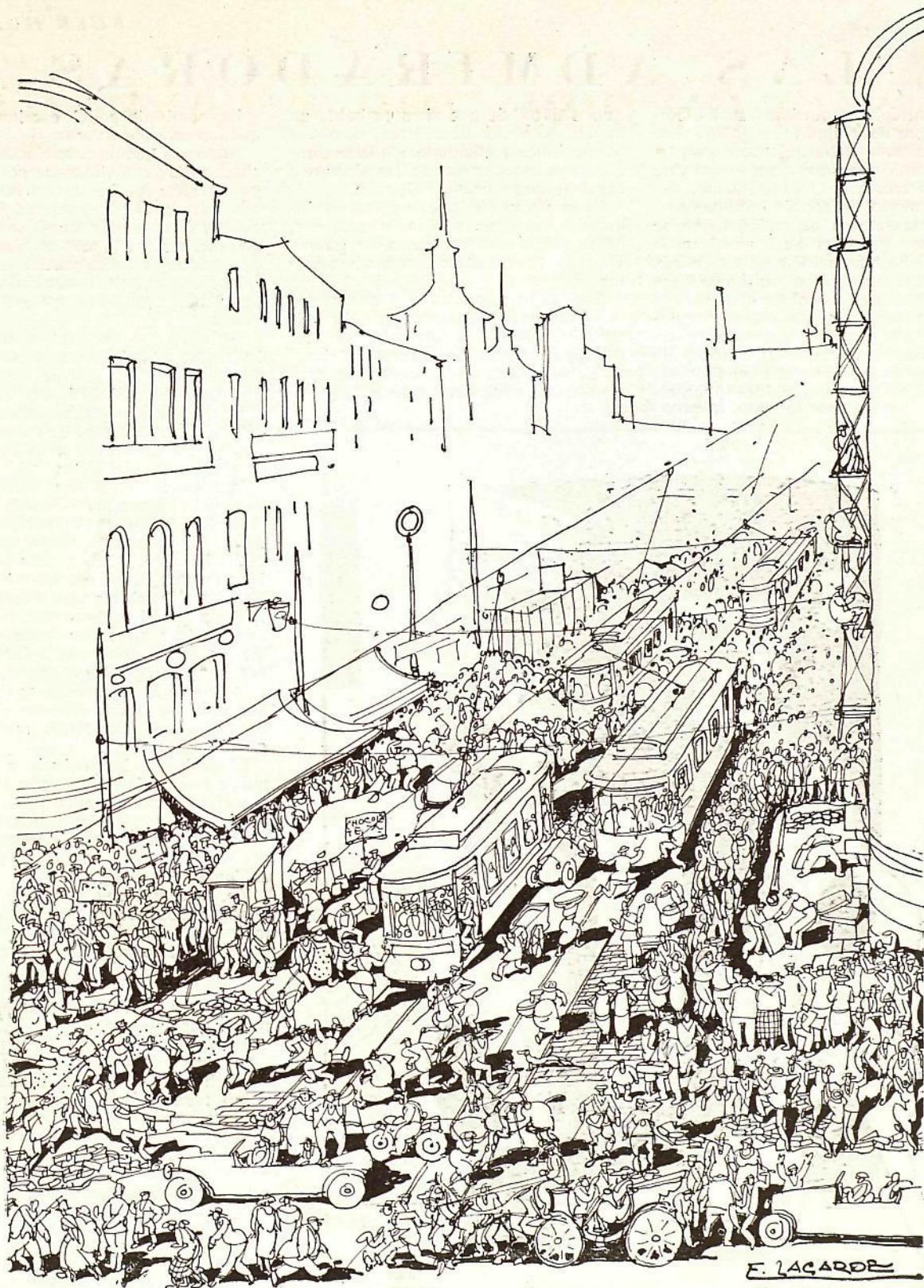
—Mira, papá, para empezar lo mismo me da uno que otro.



Dib. SORIANO.—Madrid.

BECQUERIANA

—¡Ya ves, yo soy un hombre y también lloro...!



IMPRESIONES DE UN FORASTERO REGOCIJADISIMO

Dib. LAGARDE.—San Sebastián.

La calle de la Montera, de Madrid, a las doce de la mañana de un día cualquiera del mes de Septiembre último.

LAS ADMIRADORAS

Ese intrépido deportista francés, Gerbault, que hace algún tiempo atravesó el Atlántico en un barquichuelo insignificante, solo a bordo, y que ahora va a intentar cruzar el Océano Pacífico del mismo modo, ha recibido últimamente setecientas cartas de mujeres que se brindaban para ser su compañera de viaje. El ha rehusado a todas. Quizás viese con espanto a su compañera mareada, pidiendo volver a tierra, o a su compañera aburrida, o a su compañera celosa, o temiese las compras que haría ella al desembarcar después de una temporada sin ver una tienda.

Nosotros teníamos la idea, hace al-

gunos años, de que siempre había un numeroso núcleo de mujeres, de pocas ocupaciones y aficionadas a la meditación, que estaban dispuestas siempre a ser las admiradoras de alguien.

Unas veces las veíamos enamorándose de los toreros de más renombre, otras veces eran madrinan de guerra y otras se escapaban con un escritor.

Eso es lo que nosotros nos creíamos, pero no; la admiradora del escritor no existe. Cuando más, es una admiración muda, casi secreta, disimulada, pero nada de escribirle cartas incendiarias, ni de darle citas.

La admiradora del escritor parece que lamenta que lo sea.

Nosotros hemos conocido a una muchacha muy entusiasmada por un amigo nuestro; todo eran sonrisas y discreteos; un día le preguntó ella a él cuál era su profesión; él la contestó que escritor, y ella tuvo un ¡Aaaaah! de decepción que fué un poema.

El escritor no tiene admiradoras, y es una pena, pues ello rompe una grata leyenda.

Quisiera que me explicasen qué es lo que ha podido atraer a setecientas mujeres, a ir a bordo de un balandro con Gerbault. ¡Si será para ahogarlo!

Realmente es poco explicable el caso. ¿Por qué razón alguna de esas setecientas no me ha escrito a mí citándose en el estanque del Retiro?

Era mucho más sencillo, no me lo negará nadie, y tenía todas las ventajas de lo otro, y algunas más. Hubiéramos navegado en una extensión menor que la del Pacífico, lo reconozco; pero también en una barca mucho más pequeña, lo cual iguala algo las proporciones; además, yo, al desembarcar, la hubiera convidado a merendar donde ella hubiera querido, cosa que a Gerbault le será muy difícil hacer en mucho tiempo.

Yo no sé a qué medio apelar para convencer a alguna de esas desdichadas, de que les convengo mucho más que Gerbault.

El marino ya ha probado que no se puede estar quieto en ningún lado; irá recorriendo poco a poco todos los mares; cuando termine con ellos, se dedicará a remontar ríos, después lagos, día habrá en que lo veamos aparecer en el Canal de Isabel II.

Yo, en cambio, soy hombre más reposado: probablemente estaré todo este invierno en Madrid.

Gerbault, después de todas esas travesías que traen consigo una alimentación defectuosa, tendrá el estómago perdido, se pondrá muy pesado en la mesa, será muy delicado, habrá que cambiar de cocinera muy a menudo.

Un servidor, en cambio, come de todo.

Muchas más ventajas podía aducir como resultante de una escrupulosa comparación entre el navegador y mi modesta persona, pero las dejo a la apreciación de las lectoras (éste es un artículo para ellas). Creedme: no le escribáis más; cuando no sepáis qué hacer y os divierta la amistad de un muchacho nuevo, no escribáis a Gerbault, escribidme a mí, veréis lo que nos reímos.

Además, que a Gerbault le acecha constantemente la muerte...

¡Toma, ahora caigo en lo de las setecientas!

¡¡Quieren ser viudas!!

EDGAR NEVILLE



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿Qué cuántos somos de familia? Pues mi señora, la mamá de mi señora y un servidor de usted...

—Pues lo siento mucho; pero no puedo cederle el piso: ¡esta es una casa muy tranquila!

EL RABIOSO AFICIONADO

La Sociedad Protectora de Animales ha renovado ante el Gobierno su solicitud de que se dulcifique la afrentosa lucha entre el toro y el caballo, proveyendo a éste de una coraza. No hemos de protestar contra semejante actitud, inspirada en fines de culta misericordia. Ahora bien: por las mismas razones, y visto que no es posible prescindir del toro, ¿no habría medio de que se suprimiese el aficionado?

El aficionado constituye en la llamada fiesta nacional un verdadero suplicio para el que no es aficionado. Según Blasco Ibáñez dice en su *Sangre y Arena*, la fiera mayor, en el circo, no es el toro, sino el público; pero, a nuestro entender, exagera. Entre el público que va a los toros a divertirse bostezando y aullando figuran seres de sentimientos bondadosos, amantes del hogar, incapaces de comer pájaros fritos, ni de aprisionar a canarios flautas, ni de matar a esa mosca que se ceba en las calvas relucientes. El público de los toros es absolutamente inofensivo, y su docilidad no nos sugiere el más leve sarcasmo. Paga en la taquilla lo que se le pide; perdona con la misma facilidad con que injuria; es refractario al tedio; no saca enseñanza alguna del escarmiento; se compra puros gordos y calcetines llamativos todos los días de corrida; amanece los domingos tatareando, se afeita y se endosa el terno flamante. La verdadera mancha de esta colectividad, tan maleable y mansa, la representa el «aficionado», que suele ser un individuo irritable, impresionable e insubordinable. Caiga sobre él la pesadumbre de nuestra anti-patía...

El aficionado auténtico empieza por adquirir un lunar peludo, que se sitúa cerca del mentón; un palasán robusto, estilo sainetesco del noventa y tantos; un abdomen de contratista; una voz bronca y una dama obesa, bien rebujada en un pañolón de las islas Filipinas. Con estos accesorios, el aficionado alquila una manuela y se va a la Plaza, mirando de reojo a todo el mundo y mascando marchosamente una breva de Vuelta Abajo. En los ojos le arde la lumbre de la inexorabilidad. Su mismo «jipi», en otros hombres tan apacible, adquiere en él apariencia de birrete de fiscal.

Ya en su tendido o en su asiento de grada, el inteligente instala su barriga entre dos infelices que se encogen con toda corrección, e inaugura su faena. Todavía el matador de turno no ha concluido de dar sus verónicas, despata rrándose y echando fuera el vientre, cuando el aficionado extrae de debajo de la chaqueta una trompetilla y se consagra a soplar en ella con furia de

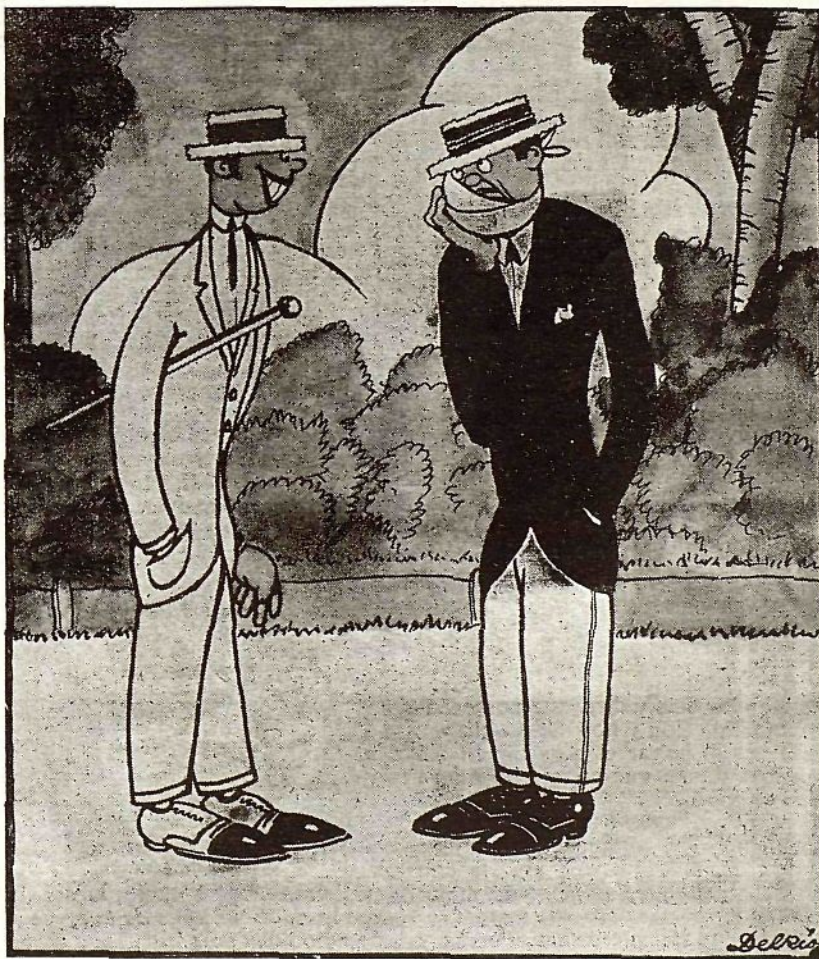
concertino. Otras veces blande el roten. Otras veces se vale de la lengua, con la que vomita trenos, insultos y blasfemias. Suda, se rebulle, vocifera, abomina. Aquellos ciento veinte kilogramos de grasa promueven una bahola espantosa.

Durante todo el espectáculo, el aficionado no cesa de agitar el cencerro, de tocar la trompetilla y de emitir interjecciones. Los encogidos de al lado inclinan la cabeza como ante un mal irremediable. La fatalidad, a veces, se hace estentórea y aun mal educada. El aficionado entiende de todas las suertes, y ninguna, a su juicio, sale con la perfección reglamentaria. El envía los puños cerrados hacia la Presidencia —que sonríe candongonamente desde su balcón; él, cuando mayor es el torrente de denuestos que fluye de su

boca, mira alrededor, buscando un ingenuo que le contradiga; él alborota por todo el tendido, y les dice cosas muy desagradables a los toreros, y no acaba de sentarse, y enciende mil veces el trozo de cigarro, que apesta ya, deshecho, mustio y húmedo de ira...

¿Por qué no crear una Asociación Protectora de Espectadores? ¿Por qué no inventar una coraza especial que les libre de las acometidas del aficionado? Miles de españoles lo agradecerían largamente, y la paz extendería sus alas de seda sobre esas trece mil trece almas y pico que van todos los jueves y todos los domingos a los toros para darse, después, el gustazo de asegurar que se aburrieron mucho y que ya no hay toreros, ni toros, ni aficionados...

E. RAMIREZ ANGEL



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—¡Pero hombre! ¿Todavía no te has sacado esa muela?
—Ayer estuve a punto, pero no me atreví... ¡y ahora me duele!...

RAMONISMO

LOS GUIÑOS DE LAS HORAS

Los relojes son espejos de una expresión variable. Sólo los muy lerdos ven las mismas horas en los mismos relojes.

Las cinco de la tarde de hoy tenían una cosa cansada, y pensaba en que mejor hubiéramos estado paseando por el Retiro. Pensaba el reloj más que nosotros en esa emoción de ir por el margen de un jardín siguiendo desde

los días, y toca el minutero en otra sensibilidad distinta, con un rictus de matiz diferente.

Yo, además de las horas, veo en el

vida. Hay una recomendación de energía en esa hora que convence.

La hora febril oscila entre las siete y cinco y las ocho y tal. Es hora triste que repercute en los termómetros y que está llena de la pusilanimidad de la enfermedad.

La hora displicente y japonesa se define y se dibuja a las siete y veinticinco o a las ocho y veinte. El reloj



dentro la emoción de la calle llena de obligaciones y de austeridades incompatibles con el jardín. ¡Y pensar que en los balcones que dan al gran jardín hay mecanógrafas que *alpisteant*!

Las dos y media de la noche es una hora no sé por qué obscena, que nos hace un guiño tentador.

Hay horas turbias que no señalan nada; y horas y minutos como, por



ejemplo, las seis y diez, que nos señalan una dirección y nos dicen: «¡Id!»

En vez de mirar el porvenir en las bolas de cristal que se utilizan ahora para su predicción, yo lo observo en los relojes, de cara a sus esferas y reflexionando en lo que significa que haya coincidido nuestra mirada con esa hora y ese preciso gesto del minutero.

Las cosas de que estamos cerca y las cosas de que estamos lejos a las siete y veinte de esta tarde, hacen variar tanto al reloj que la hora es distinta como son en todos y cada uno de



reloj guiños especiales y carantoñas que le son propias.

Así, ese reloj con las manillas en forma de oquiales parece mirar como con impertinentes al que le mira, y traspasa con la sagacidad de sus dos cerros redondos la malicia del que es observado por el reloj. «Ya que todo el mundo se cree con derecho a mirarme, yo también he de fisgar a los demás», se dice el reloj, incansable en su figueo.

La hora compás es una hora en que como un compás el minutero y el horario señalan, y parece que trazan la pequeña circunferencia del minuto.

La hora horizontal parece que señala el horizonte del día, y es como si se hubiese tendido a descansar la hora, tendida cuan larga es en el centro del reloj.

La hora sonriente se marca a las dos menos diez; pero tiene unos días más felices que otros. En los relojes de comedor es la hora de tener el estómago



ya lleno, y, por lo tanto, la sonrisa de esa hora en los ojos de buey es placida como ella sola.

La hora rectilínea nos dice que nuestro día se divide en cuatro ángulos rectos. Es una hora que nos recomienda la rectitud y la fijeza en nuestra



pasa por una evocación del Japón, el país de los bigotes lacios y a dos velas. La hora japonesa tiene entonaciones del Japón, sobre todo en el otoño y a través de discretos visillos.

Otras horas hay un poco menos gráficas, pero auténticas como la hora en que las manillas se cruzan de piernas: seis menos veinte o siete menos cuarto; la hora en que el reloj acaricia

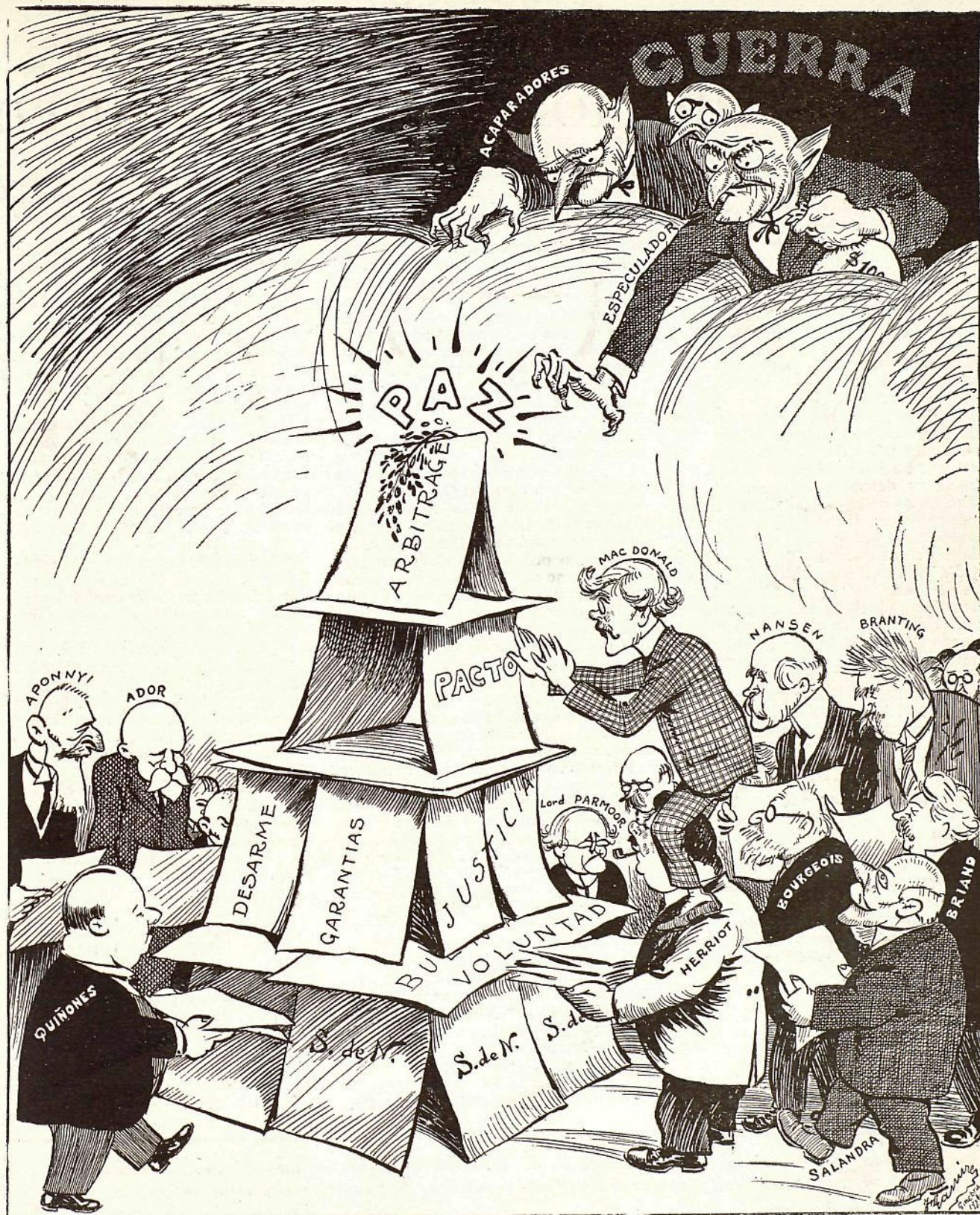


sus artejos o sus antenas: las doce en punto; la hora oblicua: las siete y cinco o las cinco menos cinco; la hora en que se acuestan juntas las dos manecillas, reclinando su cabeza en la misma almohada: las tres y cuarto, etcétera, etcétera.

Después se encuentra uno con señales de horas completamente claras como la hora que señala la purga, fija de trazo, exigente, señaladora de la botica como mano que señala los por ahí.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.



S DE N.

Dib. RAMÍREZ.—Ginebra.

¡La paz está sólidamente asegurada!

COSAS DE MI VIDA

LA EXPEDICIÓN AL POLO NORTE

Cuando mi amigo, el doctor Rasurel, me invitó a formar parte de la expedición que debía llegar al Polo Norte, sentí una satisfacción vivísima.

Siempre he amado el frío, y de ahí mi afición a tomar *consommés* en el Palace Hotel. El calor me enloquece; para mí, el frío es más indispensable que las anteojeras al automovilista y la pluma stilográfica al buzo que baja al seno y al coseno de los mares. En mi existencia—más larga ya que el primer acto de *Las Walkirias*—recuerdo como fechas felicísimas el día que subí al Mont Blanc, la tarde que me extravié en los Cárpatos y la madrugada que sufrí una indigestión de *marrón glacé*. Si alguien, haciendo alusión a mi ignorancia en determinado problema, me dice: «¡está usted fresco!», sonrío placenteramente; si un admirador me confiesa: «¡describe usted que da frío!», abrazo con locura al admirador; pero el día en que un individuo con quien discutía, exclamó: «¡Se está usted acalorando!», aquel día saqué un revólver y le dejé a mis pies tendido, como una prenda recién lavada. No puedo remediarlo. Soy así. Si voy al infierno será metido en una garrafa de limón helado, y el que quiera llevarme de otra forma, hace el ridículo más soviético.

Conocí al doctor Rasurel en una casa de juego de la oca, cierta noche, allá en la lejana Siberia. Yo me sentía dichoso, porque hacía tal frío, que un mujik fué a bostezar y se le quedó la boca abierta: la saliva se le había convertido en estalactitas y estalacmitas.

A pesar de la temperatura, no ya baja, sino verdaderamente enana, el doctor Rasurel vestía únicamente un traje de tul y un hongo de gasa que era un hongo como para servirlo en una ración de setas; unos chanclos de goma árabe completaban su atavío.

Yo me cubría con un ruso de Londres y tapaba mi cráneo con un morrion de piel de camello fatigado, regalo de un amigo muy bruto que tiene una gran abundancia de estos sombreros, y el cual, a todos los camaradas que van a verle les suele dar un par de mo-

rriones por lo menos. Ya he dicho que es muy bruto.

Fué entonces cuando el doctor Rasurel me invitó a su expedición. Su propósito al dirigirse a aquellas regiones era, además de ensanchar los conocimientos humanos en geografía polar, hacer propaganda de sus trajes de lana entre las tribus de esquimales que pululan por los alrededores del Polo.

La idea me pareció más fabulosa que una página de Samaniego, y acepté.

Partimos. Partimos, los expedicionarios, con intención de partir más tarde las ganancias.

Salimos de la Tierra de Francisco José—conocida más vulgarmente por Tierra de Paco Pepe—una dulce mañana de verano a bordo del *Cascorro*, hermoso paquebote de la matrícula de Groenlandia. Llevábamos dos tiendas de campaña de tejido Rasurel con incrustaciones de ladrillo, doce braseros para cisco de herraj y sesenta trineos con ochenta perros cada uno, de los cuales setenta y seis iban atados y cuatro sueltos, porque ya es sabido que no conviene ir de viaje sin llevar algún perro suelto, por lo que pueda ocurrir. También llevábamos tres mecheros automáticos, a fin de evitar el quedarnos sin fuego en el caso de que las cerillas nos saliesen alocadas, es decir, con poca cabeza.

Formábamos la expedición quince experimentadísimos marineros de la república de Andorra, ocho hombres de ciencia—entre los cuales me contaba yo, que conozco perfectamente a todos los camareros de Madrid y que, por lo tanto, podía prestar grandes servicios en las regiones árticas—, un representante de las píldoras Pink, un actor de la compañía de Enrique Rambal y el doctor Rasurel.

A los treinta días de navegación, nos encontramos detenidos por los hielos y en un lugar que nos recordó bastante a Cercedilla. No se veía más que nieve y algún que otro pingüino: igual que en Cercedilla.

Abandonamos el casco del *Cascorro* y cargamos la impedimenta en diez trineos. Así emprendimos la mar-

cha nuevamente, cantando «La Java» a cuatro voces. Toda la enorme extensión blanca se llenó de poesía y de encanto.

Al tercer día de camino, Rasurel, que iba delante, se detuvo, se inclinó hasta el suelo observando algo, volvió a enderezarse y lanzó un grito. Todos echamos a correr y nos reunimos con el doctor; sobre la nieve brillaba un objeto; lo cogimos. Era una maquinilla *Gillette*. Cinco expedicionarios se volvieron locos. Los demás seguimos avanzando.

Una semana después descubrimos al pie de un témpano un rollo de pianola de ochenta y ocho notas, que encerraba el bonito tango titulado: «La perdición de Milonguita por culpa de un traje de percal que le dieron una noche de septiembre en un conventillo de la calle Rivadavia».

¿Qué significaba aquello? Ahora fueron diez y siete los expedicionarios que enloquecieron. Rasurel y yo quedamos silenciosos unos instantes. Pero la duda fué corta.

—¡Adelante!—gritó el doctor.

Y proseguimos la marcha. Diez kilómetros más hacia el Polo tropezamos con un envoltorio de papel. Lo abrimos; dentro había un número atrasado de *La Voz*, una lata de *foiegrás*, una dentadura postiza y un aparato de radio de galena.

Esto ya no pudo resistirlo el doctor Rasurel. Se encrespó la melena, engarabató las manos y me aseguró que iba a aplicarse la ondulación Marcel.

Comprendí que también el doctor había enloquecido. Verdaderamente, los tres hallazgos eran terribles.

Seguí avanzando solo. Ocho horas después llegué al Polo. Cuando vi los primeros rascacielos y los primeros taxis que corrían de un lado a otro y los primeros cabarets con jazz-band, volví la espalda y eché a correr. Ni el mar pudo detenerme, sino que me lancé al agua y comencé a nadar. Nadando llegué al puerto de Nueva York.

A ello debo el ser campeón del mundo de natación.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del
-: :: :: ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante -: :: ::

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

-: :: En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR -: ::

APUNTE
DE SAINETE

Máquinas parlantes

(Un puestito de refrescos en Rosales. Es de noche. En el puestito, un gramófono colosal para amenizar las consumiciones de la clientela. En torno a un velador, REGÚLEZ (madrileno); ROMERO (sevillano) y AGUIRREBERRIGARMENDIAECHAURI (vasco).

ROMERO.—¡Dita sea la má! ¡Osú que caló! Eto é ajogarse.

AGUIRRE.—Caloraso sí te hase o así.

REGÚLEZ.—Como que esto es una cosa cañón. Vamos, como para darse el piro por el medio de locomoción más rápido.

ROMERO.—¡Olé! Pa darse er piro ¡pero que ya!

AGUIRRE.—Razón ya te tienes o así.

ROMERO.—Malamente que se estará ahora por la tierra del amigo Aguirre... ersétera ¿eh? ¡Mía que en San Sebastián!

AGUIRRE.—Ya me llamarás Aguirreberrigarmendiaechauri.

ROMERO.—¡Yo qué te ví a yamá eso, dita sea la má!

AGUIRRE.—Así es mi nombre, pues.

ROMERO.—¿Pero tó eso te llama tú, malage?

AGUIRRE.—Mi primer apellido se es ése no más.

REGÚLEZ.—¿El primero nada más? Pues pa extenderte a ti la cédula le tien que echar un zócalo al documento.

ROMERO.—Digo yo que se la extenderán en un papé de esos de rollo... o así.

LIMPIABOTAS.—¡Limpio! ¡Al charol le doy envidia! ¡Zapatos, botas! (a Romero). ¿Limpiamos, caballero?

ROMERO.—No.

LIMPIA (arrodillándose).—Ande usté, se las voy a dejar como nuevas.

ROMERO.—Que no.

LIMPIA.—Amos, ande, señorito, que se van a quedar como si fueran buenas; no se les a va notar que son de saldo.

ROMERO (furioso).—¿Te quies ir ya, malage? ¡Dita sea la má!

UNA NIÑA.—¡Almendras saladillas! Cómpreme usted un paquete, señor.

REGÚLEZ.—Anda, vete, no queremos almendras.

EL TÍO DE LOS DÉCIMOS.—¡Un trece mil que suma trece! ¡La suerte! (a Romero). Cómpreme este capicúa, que va a tocar.

ROMERO.—No juego.

EL TÍO.—Misté que va a tocar.

REGÚLEZ.—¿Pero es un décimo o es una pianola?

EL TÍO (indignado).—¡Es... capicúa! Nos ha amolao aquí el jovencito. ¿Es usté Muñoz Seca?

REGÚLEZ.—No, pero soy campeón de boxeo pesos mosca, y si no se va usted de aquí ya mismo, le voy a arrear un tortazo en un ojo, que no sé si le dejará *nocau*; pero *morau* pa un rato largo, se lo deja. ¡No le quepa duda!

EL TÍO (yéndose).—Adiós ¡So... campeón!

REGÚLEZ.—Adiós, y cuide a ese que va a tocar, no se le vaya a malograr un virtuoso.

UNA CIEGA (con una garrota muy gorda y un platillo en la mano. Canta desafinadamente).

«Era una provincianita...»

REGÚLEZ (apresuradamente le da una moneda).—Tome, hermana, y ahórrenos el resto, ¡por caridad!

CIEGA.—¡Dios se lo pague! ¿No quiere que termine la canción?

REGÚLEZ.—¡¡No!! ¡¡No!! De ninguna manera. Y que Dios se lo pague a su vez.

CANGREJERO.—¡De la mar de lejos, cangrejos! Señorito, misté qué hermosos, ¿cuántos pongo?

ROMERO.—Ninguno, hombre ninguno. ¡Vete ya!

CANGREJERO (yéndose. Con intención).—¡Bocas de la Isla!

ROMERO.—¡Digo! ¡Er tío sinvergónson! ¡Dita sea la má! (Empieza a sonar el gramófono).

REGÚLEZ.—Mira que esto de las máquinas parlantes es una cosa extraordinaria. La invención del gramófono es una maravilla.

AGUIRRE.—¡Pues mira que eso de la «Radiotelefonía sin hilos» ya te es maravilla también!

ROMERO.—To eso no tié importancia.

REGÚLEZ y AGUIRRE.—¿Cómo? ¿Qué dices?

ROMERO (magnífico).—Que eso no vale ná. Pa invento... ¡el loro!

José SIMÓN VALDIVIELSO



DE REGRESO

Dib. BRADLEY.—Madrid.

—¿Qué te has dejado por esas playas extranjeras?

—Mucho fresco. Charles, René, Gastón... y unos cuantos luises...!

LA OPINIÓN Y SU ESPOSO

Sí...; el espectáculo que nos representa ese dibujo—tan admirable de observación abundante y certera—es lo que piensa el público que debe de ser un gran periódico.

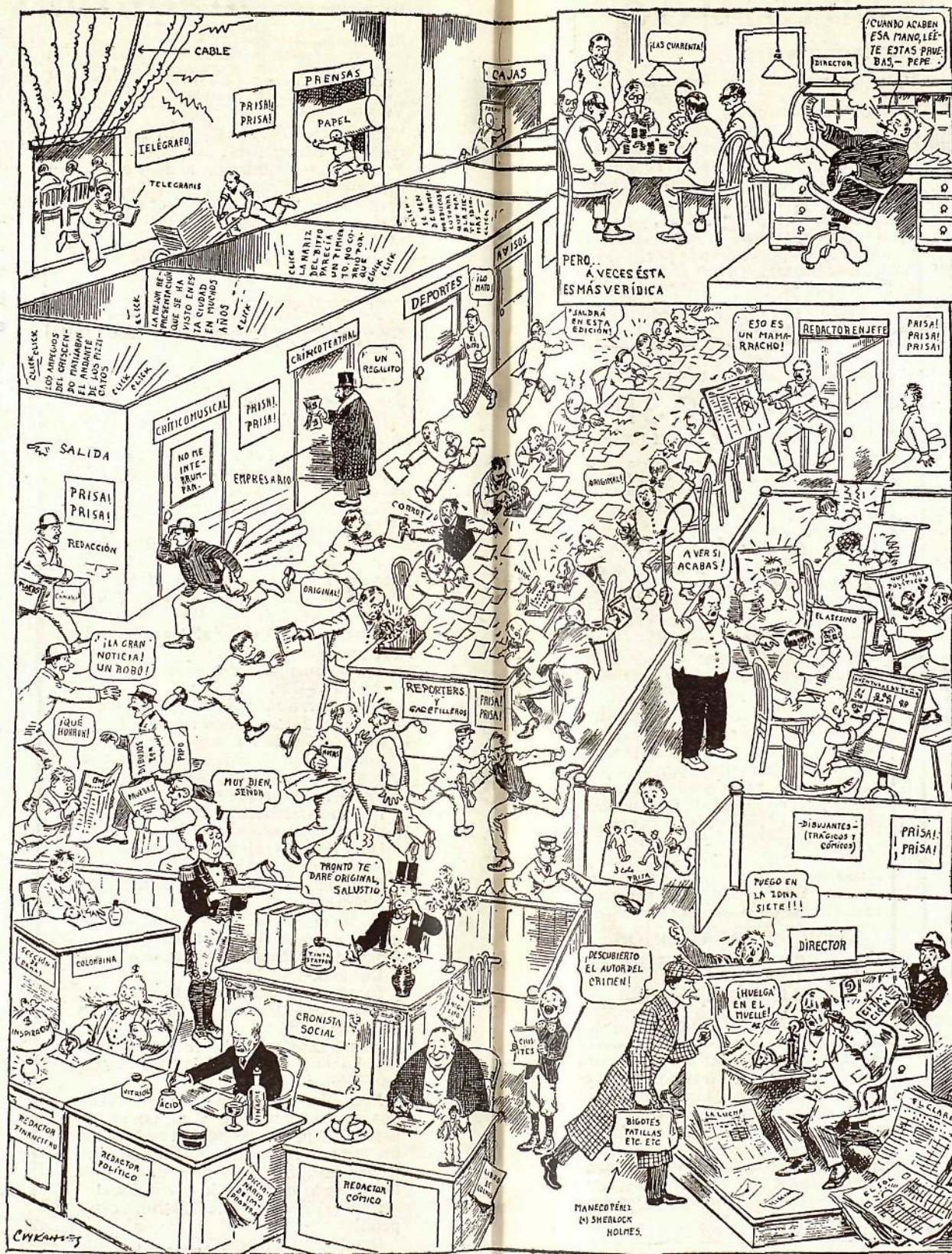
El Público y su señora, La Opinión, forman la pareja más fantaseadora de la tierra. Viven en un mundo aparte, un mundo que se forman ellos y que obedece a una sola consigna, ley o condición: la de no tener lo que allí ocurre la menor relación con lo que ocurre realmente.

El periodismo y lo cuanto se relaciona con la literatura es uno de los temas predilectos del Sr. Público y señora. Los poetas, por ejemplo, son para ellos, una de dos: o especie de espíritus puros de manos pulquérrimas, tipo distinguidísimo, maneras delicadas y algo lánguidas, rostro de arcángel, pero, casi siempre, con bigote, en la mayoría de los casos con barba y, desde luego, en punta y corta; o, por el contrario, estrambótico personaje sin afeitar, con chalina, mugre, pelos muy largos y sombrero muy ancho; traje muy viejo y espiritualidad más vieja todavía, pero nueva y admirable a los ojos de madame Opinión. Porque eso sí, la señora Opinión tiene una secreta admiración supersticiosa por los caballeros poetas: pondría el grito en el cielo si alguna de sus hijas entrara en relaciones con cualquiera de esos pelagatos que no viven en la realidad; pero ella, ella misma, se enternecería secretamente ante la posibilidad de un flirteo sentimental con cualquiera de esos espíritus que ella supone exquisitos, superiores y atormentados. La misma suciedad y el desaseo de esos hombres no son en ellos defectos vulgares: «piensan demasiado en el alma para acordarse de que el cuerpo existe».

Eso supone al menos la señora Opinión, de acuerdo con su esposo, y ambos creen siempre que los poetas, ya distinguidos, ya bohemios, han de ser extremados en todo: se han de vestir de ensueño o de desecho.

Cuando se trata de literatos que, en vez de ser poetas, sean autores dramáticos, todo el cuadro cambia. El dramaturgo «se hincha»—esta es la frase—, se hincha cobrando liquidaciones trimestrales (han de ser trimestrales: ellos se figuran que el dramaturgo puede esperar tres meses para cobrar!...) y ha de tener amores—también trimestrales, acaso—ora—y a toda hora—con la primera actriz, ora con dos o tres meritorias. El autor dramático es un hombre relajado y feliz—tal y como el señor Público quisiera ser—, que recibe amores a cambio de «papeles» y que por el solo hecho de ver entre bastidores y de cerca a las jóvenes que salieron tan frescas a la escena, se presenta a los ojos del matrimonio ya dicho, como una especie de Sultán o Emperador de la juerga a todo trapo—¡fuera todo trapo!...

Quando el Respetable Sr. Público mete los órbitas dentro del canuto de los prismáticos, a ver si logra así zambullirse en el escote de la tiple *ligera*, piensa siempre con envidia en la felicidad del autor, que,



(Del *Judge*, Nueva York.)

después, cuando el Respetable se marche, se quedará en el cuarto de la actriz y se gastará la liquidación en líquidos achampanados, elegantes y suntuosos, para bebérselos con la del escote en uno de esos *tête a tête*... que quitan la cabeza (juego de palabras este último que el Respetable oyó en la escena a la señorita del escote).

No digamos nada de la imaginación hiperbólica del matrimonio en cuestión cuando el literato, en vez de ser poeta o dramaturgo, es periodista...

El periodista es algo sobrenatural: es el rey de los secretos y de las influencias... En los tiempos solemnes de crisis; cuando circula sigilosamente el rumor sensacional y expectante de «Dicen que el Rey ha llamado a Fulano», el periodista es el hombre—¿qué digo, el hombre? ¡el ídolo! ¡el privilegiado! ¡el Elegido!—el único que está en el secreto y sabe quién es el Fulano a quien ha llamado el Rey y hasta sabe lo que le han llamado los demás cuando ha sido llamado.

A veces se da el caso de que el matrimonio Público-Opinión tenga de vecina alguna señorita novia de periodista. Entonces ¡no digamos!... El matrimonio busca cien mil pretextos para subir a casa de la vecina cada cinco minutos y enterarse de las noticias que trae el periodista. En cuanto éste deja caer, entre sonrisas de superioridad y reservas de conjurado, una leve alusión o un fugaz guiño de ojos, ya está el matrimonio echándose a la calle para entrar, triunfante, en el café y lanzar la noticia, después de muchos rodeos y misterios, acompañándola del condimento indispensable: «lo sé de buena tinta...»

Siempre es tinta de redacción esta tinta que impone a la Opinión y a su marido una credulidad supersticiosa.

En cuanto a las influencias de unos hombres así, ¿cómo no tenerlos al por mayor pudiendo lanzar—calamares temibles—a los ojos del adversario que les niegue una concesión, semejante depósito de tinta ennegrecida, envenenada por tanto secreto de Estado?

Ellos tienen siempre seis o siete destinos; ellos colocan con sólo decir «¡quiero!» a tenores, damas jóvenes, escribientes, porteros, empaquetadores y regentes de imprenta. Ellos se tutean y llaman por su nombre propio a todos los grandes fenómenos del arte, de los toros y del fútbol... Ellos son los que fueron a Italia con el rey y a Marruecos con... (aquí ponga la censura lo que le dé la gana). Ellos son los que van a los Ministerios a diario y los porteros los saludan y el ministro los da palmaditas campechanas y cigarros; éstos, en fin, y para colmo, son hombres que tienen todos los días entradas gratis para todos los teatros... ¿Se puede decir más?...

Ante esto, el matrimonio Respectable se llena de sobrecogimiento admirativo...

MANUEL ABRIL



ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

Compraría finca en las inmediaciones de Cercedilla o en los altos del Hipódromo. Tampoco tendría inconveniente en comprarla en Fuenterrabía o en la provincia de Pontevedra. Lo malo es que no tengo una peseta y no puedo comprarla en ninguna parte. ¡Cómo ha de ser! Paciencia.—Lucas Gómez, Velas, 2.

PÉRDIDA.—La popular e infantil canzonetista *Chelito* ha perdido mil duros en el Casino de San Sebastián. Si hay algún alma generosa que pueda consolarla de tan irreparable pérdida y proporcionarla un medio hábil de que la compense por un procedimiento o por otro, le quedará eternamente agradecida. No se admiten prederos.

La Bola de Nieve

CARBONERÍA DE LISARDO BLANCO

Gran surtido en toda clase de carbones y leñas a precios vergonzosos. —Tenemos ovoides que son un asombro, bolas así de gordas, galletilla que da gusto y encina que parece caoba.

Antracita asturiana, hulla inglesa, cok chino (¡y ustedes perdonen!) y leña de la que se da en Rusia, al por mayor y menor.

¡¡ESTA CASA NO VENDE CARBONES PASADOS NI VIEJOS!! ¡¡NUESTROS CARBONES ESTÁN SIEMPRE FRESCOS!!

ESPECIALIDAD EN CISCOS
CIERTOS DÍAS DE LA SEMANA HAY AQUÍ UN CISCO QUE POR MILAGRO NO TIENEN QUE VENIR LOS GUARDIAS

NOTA.—A cada comprador se le regala un ticket, y al que reúne cincuenta de éstos, se le obsequia con un retrato hecho al carbón por un eminente artista.

Almacén y depósitos: Calle de las Negras, 77.

Vendo una yunta de bueyes de gran fortaleza, y un buey suelto además. La yunta la daría por mil quinientas pesetas. El buey suelto..., bien se lame.—Ignacio Becerro, Dehesa de la Villa, hotel.

Traspaso kiosco de necesidad con todas sus existencias. Clientela distinguidísima. Ingresos verdaderamente cuantiosos y frecuentes —Para tratar, Aguas, 87. Si la puerta estuviere cerrada, tirad de la cadena.

LA MEJOR PISTOLA DEL MUNDO

ES LA PISTOLA "SPICHARD"

Huid de todas las demás marcas; y tampoco estará de más que huyáis de ésta, si os apuntan con ella.

¡ES MARAVILLOSA!

¡ES INIMITABLE!

¡OCHENTA MIL DESPENADOS EN TRES AÑOS! ¡ÉXITO SIEMPRE GARANTIZADO!

DESDE QUE ESTA COLOSAL ARMA SE PUSO A LA VENTA, HAY COLA A LAS PUERTAS DE TODAS LAS NECRÓPOLIS DEL UNIVERSO. — VARIOS EMINENTES DOCTORES AFIRMAN QUE NO PUEDEN COMPETIR CON ELLA

REPETIMOS QUE ES LA MEJOR PISTOLA DEL MUNDO, MEJOR DICHO: LA MEJOR PISTOLA DEL OTRO MUNDO

¡PEGÁOS UN TIRO Y OS CONVENCERÉIS!

Fábrica central en Las Matas

Sucursales en Pueblonuevo del Terrible, El Tiemblo, Tembleque y Pego.

SI VA USTED A CALATAYUD...

NO COMETA USTED LA TONTERÍA DE PREGUNTAR POR LA DOLORES, PORQUE ALLÍ ESTÁN TODOS HASTA EL FLEQUILLO Y LE DARÁN A USTED UN ESTACAZO EN MITAD DE LA PREGUNTA Y EN MITAD DE LA CABEZA. EN CAMBIO, DEBE USTED PREGUNTAR EN SEGUIDA POR LA

Fábrica de bizcochos de EL MAÑO
Establecimiento movido a vapor

o sea lo contrario que la susodicha Lola, a quien la movían a brazo en sus buenos tiempos.

Si queréis magníficas galletas para postre, ningunas como las de la marca EL MAÑO.

Si queréis llevaros las más estupendas pastas para te, no compréis sino las de EL MAÑO.

Si queréis que os den buenos bizcochos, exquisitos polvorones, y sabrosísimos bollos, pedidlos siempre de EL MAÑO.

¡Y SI NO QUERÉIS QUE OS DEN UNAS CUANTAS TORTAS, REPETIMOS QUE OS ABSTENGAIIS DE NOMBRAR A LA REPETIDA DOÑA DOLORES, AUNQUE OS CUESTE TRABAJO CALLAROS!

¿Queréis conocer el procedimiento más rápido y seguro para ganar dinero en la Bolsa? Pues aceptad inmediatamente el que os propone el economista barcelonés Jaime Puchardó y rechazad todos los demás sistemas. El procedimiento más seguro y rápido, y el mejor sin duda alguna para ganar dinero en la Bolsa, es ponerse en la puerta a vender cacahuets tostados o gomas para los paraguas. Todos los demás métodos os conducirán a una ruina inevitable y a un ridículo denso y desastroso. Lo digo por experiencia, porque a mí me ha sucedido.

¡¡CALVOS!!

¡La calvicie se ha ido a paseo!

El formidable invento del Doctor Cabello garantiza el mechón inmediato y abundoso a los seis días de tratamiento.

¡¡Colosales resultados!!

Con el uso del agua de Cabello, Rafael «El Gallo» puede convertirse en un mandarín chino o en un padre capuchino.

A las tres tomas de Cabello, el actor Rafael Calvo pierde el apellido irremisiblemente. Es la única agua del mundo que se sube a la cabeza para realizar en ella sus sorprendentes prodigios.

EL DOCTOR CABELLO ESTÁ DISPUESTO A TODA CLASE DE PRUEBAS, PARA DEMOSTRAR LA EFICACIA DE SU INVENTO. — PUEDE DEMOSTRAR QUE IMPREGNANDO TRES BOLAS DE BILLAR CON SU AGUA EXCEPCIONAL, A LOS POCOS DÍAS LA PINTA TIENE MELENA A LO PAJE Y EL MINGO BIGOTE A LO EX KAISER. — Y ESTÁ DECIDIDO A PROBAR QUE ARROJANDO SU ESPECÍFICO EN EL CALDO DEL COCIDO, LOS COMENSALES ENCUENTRAN LA MAR DE PELOS EN LA SOPA

PRECIOS BARATÍSIMOS

Hay frascos para hacer nacer el cabello y botes para conservarlo.

Frasquito de nacimiento, 2 pesetas

Bote de conserva, 6 reales

Necesito matrimonio sin hijos para portería y suegra del mismo, con buenos colmillos, para guardar una finca por las noches. Para portero me gustaría un ex sargento de infantería. Excusado es decir que la suegra tiene que ser de caballería. Inútil presentarse sin dos o tres cardenales producidos por la referida mamá política.—San Quintín, 45.

— Agente anunciador:

ERNESTO POLO

HISTORIAS EXTRAVAGANTES

LA SOMBRA DEL PADRE

Cornelio—en latín Cornelius, como él mismo solía ponerse para dar mayor brillantez al patronímico—era hombre de recursos inagotables, refiriéndonos a los del ingenio, porque de los otros, de aquellos que se llevan en el bolsillo del chaleco o de la americana, andaba peor que cualquiera estatua de las de la plaza de Oriente.

Pero si don Juan Tenorio no se arrebataba ante los movimientos oscilatorios de don Gonzalo y de don Luis, como habitantes del cementerio, él tampoco sentía el menor sobresalto por los movimientos también oscilatorios, y a veces agitados, que ante él hacían sus acreedores.

Eso sí: a la negativa más o menos desfigurada de abonar una cuenta o de saldar un pico, añadía una seriedad y un empaque que desconcertaba al inglés más recalcitrante.

—Pero, don Cornelio, que ya tiene barba la cuentecita, por la edad que tiene.

—Amigo mío, no he de ocultar que tiene usted razón, pero rindo culto a la memoria de mi padre.

—Pero ¿es que su señor padre dejó

dispuesto en el testamento que usted no abonase las cuentas?

—No, pero me hizo ciertas indicaciones de orden sentimental que yo debo respetar.

El acreedor no quedaba completamente convencido de las razones aducidas, pero se retiraba, aunque refunfuñando, y acudía a ponerlo en conocimiento de su principal, si el que había escuchado tales argumentos era un dependiente o cobrador.

Mientras tanto, Cornelio no se privaba de nada mientras no fuera de la satisfacción de pagar, dando de lado esa teoría que sostiene que «el que paga, descansa».

—¿Qué ha de descansar—replicaba—; aquí el que descansa es el que cobra, porque, ¡hay que ver el reposo que proporciona el embolsarse dinero que uno considera como perdido!

Sosteniendo su tesis e intrigando con la manoseada respuesta a sus acreedores, el fresco ciudadano aquél triunfaba y vivía en grande sin tener otra cosa que hacer que invocar siempre lo que su padre le notificó cuando el pobre hombre vivía, e ignoraba, por

lo visto, que tuviera un hijo tan sinvergüenza, hasta que uno de sus acreedores no pudo por menos de sentir que se le hinchaban las narices de oír un día y otro al dependiente que llevaba la cuenta regresar diciendo siempre lo mismo:

—Don Cornelio no paga porque no deja de contarme la historia de su padre.

—¡Pero qué niño muerto ni padre también difunto! Estoy completamente convencido de que ese señor es un tramposo, y ahora mismo lo voy a comprobar. Venga la cuenta.

El acreedor se presentó furioso ante Cornelio, que, por su parte, le recibió de una manera finísima y atentísima, como si en vez de un proveedor que intentaba cobrar lo suyo, se tratara de un amigo de consideración y gracia.

—Pues, la verdad, yo me temo que el chico que le trajo la cuenta, varias veces, por cierto...

—¡Ay!

—No ha sabido expresarse al decirme la respuesta de usted, pues me habla no sé qué de su señor padre, ya difunto hace años, según mis noticias.

—Exactas, de toda exactitud.

—Entonces, si tan muerto está, ¿cómo se opone a que usted liquide esa cuentecita conmigo?

—¿Oponerse a ello? De ninguna manera.

—Entonces...

—El chico, efectivamente, no ha sabido transmitir a usted lo que yo le dije, y que voy a tener el gusto de ampliar en presencia suya. Mi padre, poco antes de morir, me llamó, y sin fuerzas casi para hablar, pudo suspirar estas palabras:

—Me muero; me marcho de este mundo, y para hacerlo tranquilo y saber que tú te portarás como debes y como quien eres, ten en cuenta esto: «Lo primero de todo, el deber». ¿Se ha fijado usted bien? ¡Qué grande hombre era mi padre! De modo que usted comprenderá que yo, como hijo amante, tengo que seguir al pie de la letra su indicación: «Antes que nada, el deber».

—¿Y por eso no paga?

—Naturalmente; porque si él hubiera creído lo contrario, su consejo sería el de «antes que todo, el pagar»; pero él dijo el «deber». No quiero hacerlo, no sea que se me aparezca su sombra.

—¡Ah! Y tiene usted razón, porque, ¡cuidado que tenía mucha sombra su papá de usted!

A. R. BONNAT



Dib.
DELGADO
Madrid.

—Ná, señor Eme-
terio, que nos lar-
garon unos toritos
de cuarenta arro-
bas...

—¿Y tú qué hi-
ciste?

—¡Yo; limpiar
los estoques!

LAS COSAS DE LOS TEATROS

De la sabiduría

¿Qué es un sabio?

En opinión del ilustre Muñoz Seca, un sabio es toda aquella persona que al hablar no dice «haiga», «trujo» y «semos», y que no confunde la Numismática con la Obstetricia y no ignora que «tener asueto» no es precisamente padecer una enfermedad que se llame de tal modo. Todos los demás mortales que sepan hablar con relativa corrección, y tengan noticias del padre Mariana y hayan ojeado un libro de Kant y conozcan aproximadamente lo que es un psicólogo o hayan estudiado el primer curso de latín del bachillerato. Todos esos, son sabios.

Quiere esto decir, que los personajes importantes de su nueva producción estrenada ha poco en la Comedia, son unos tales «sabios» de la categoría más arriba apuntada. Es decir, no hay que ser veraces. Las figuras principales de la farsa del Sr. Muñoz Seca se dividen en «sabios» y en «bestias». No hay que decir que en virtud del contraste, en lo que el Sr. Muñoz Seca es también «sabio»—pero de verdad—, los analfabetos son los sensatos y juiciosos y acaparadores del sentido común, y los estudiosos e instruidos son todos una reata de majaderos, sin fundamento, ni cordura, ni sentido de la realidad.

Los libros—viene a decir el Sr. Muñoz Seca—constituyen algo incomparable con la felicidad humana y no enseñan sino a ponernos en ridículo ante la gente, que muy bien orientada por cierto, ni tiene ortografía ni tan siquiera se gasta diez céntimos en comprar un periódico.

Y ¿para qué vamos a contar?

Los sabios del Sr. Muñoz Seca, en

absoluta libertad, comienzan a hacer cosas incongruentes, a equivocarse en la vida y a hacer gansadas reprobables; y otro personaje irreflexivo que siente la inquietud de leer y enterarse de alguna cosa, se convence al cabo, como es natural, de que tan extraña manía conduce a una perdición o poco menos y de que la verdadera dicha consiste en ignorarlo todo y no tener ideade la Historia Universal: la Ciencia ha de ser infusa. Lo demás, será perder el tiempo lastimosamente.

Pero el Sr. Muñoz Seca, que por su desgracia es tan sabio como los más sabios de su comedia—prueba de ello es que crea y da vida a una larga serie de ellos—, no debe acertar tampoco en sus empeños, justamente por estar incluído en tal categoría de hombre de letras, instruído y culto.

Si el fecundo y delicioso escritor no hubiese escrito su comedia *Los sabios* del modo más «sabiamente» posible, a estas horas contaría con un positivo y clamoroso éxito; pero como incurrió en el grave yerro de operar con los personajes de su comedia, del mismo modo que éstos, conforme a su significación, hubieran maniobrado, se encuentra en los momentos actuales con que un público indocto—esto es, letrado, seguramente casi todos con una carrera aprobada en cualquier Universidad—le protestó la nueva producción de la forma más violenta posible.

Y es que hay que ser consecuentes con las ideas, bien sea uno sabio o analfabeto. Maravilloso pensamiento que hemos leído, desde luego, no en un libro impreso, ni manuscrito, sino en el libro de la Vida.

¡Que es el único en el que deben estudiar los hombres, y muy poquito, por si acaso!

¿No es verdad?

Los libros, de papel de fumar... y todavía son peligrosos.

La necesidad de estrenar

Nosotros creemos que la necesidad de vivir autoriza a todos los excesos.

Un hombre que no ha comido tiene derecho a mendigar y hasta a apoderarse del panecillo largo que, mojado en café con leche, tengo el sibaritismo de engullirme por las mañanas cuando regreso de un trabajo agotador y penoso.

Pero a lo que nadie está autorizado es a robarle a un pobre trabajador su concepto de la vergüenza y del decoro; su honradez, conservada a fuerza de sinsabores y disgustos y dolores.

Viene este filosófico párrafo a cuento de cierta increíble carta que me llega por el correo.

Dice así:

«Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Sirve la presente para manifestar a usted que teniendo dispuesta para su estreno una zarzuela, dirigí a los empresarios de Barcelona una carta diciéndoles que un autor de prestigio y el que suscribe habían terminado una obra, mencionando su argumento, actos, cuadros, etc., disponible para la Empresa que la solicitara. El día 17 del actual recibí contestación de un empresario de la Ciudad Condal, manifestándome le envíe la obra para su lectura, que, en caso de ser aceptable, tendría mucho gusto en ponerla en escena.

Es por lo que me dirijo a usted, por si cree conveniente le remita mi zarzuela, para que usted la firme, siendo de esta forma los dos autores que me comprometi. Advirtiéndole al mismo tiempo que jamás haría notorio el acuerdo de ambos. Esperando su grata contestación, reiterase de usted afectísimo... etc., etc.»

Confieso que estoy algo ruboroso por no haber asesinado aún al comunicante. Conste en mi descargo que lo creo un pobre ingenuo y por ello le perdono el agravio y me limito a «hacer notoria» la proposición en contra de su deseo de no «hacer notorio» nuestro «acuerdo».

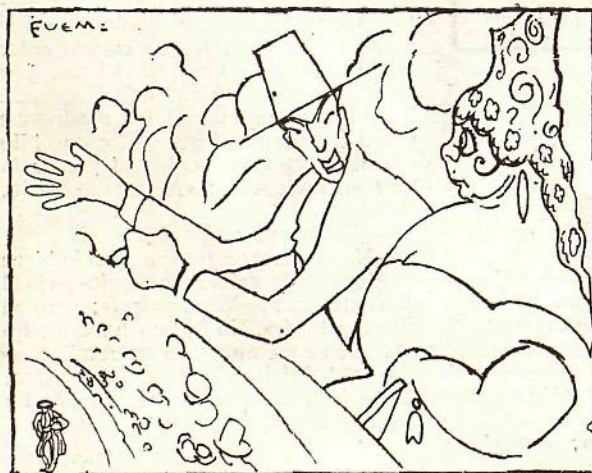
¡Y dice el ciudadano que la obra estaría hecha en colaboración con un «autor de prestigio»!

¡Menudo prestigio debo tener en su concepto!

Seguramente este caballero ha leído la polémica literaria surgida con motivo de la paternidad de *El pavo real*.

A lo mejor, es Oscar Wilde que ha puesto un pseudónimo para escribirme.

José L. MAYRAL

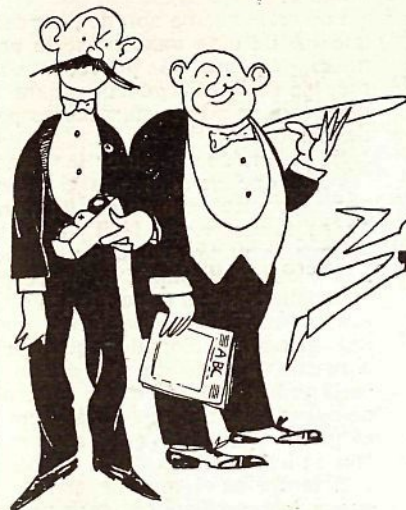


Dib. de FUEM
Granada.

—¡Vamos, que te calles!... No te tiro al ruedo porque está castigado con 500 pesetas el arrojar almohadillas!...

-¿Te choca que Colón saliese con la "Niña", la "Pinta" y la "Santa María"?

-¡Sí! me choca que saliese con la "Pinta" pero mas me chocaría que hubiese salido con el mingo..!



Colón llega a Barcelona

-¡Señor! ya podemos desembarcar; la banda de estribor está tocando en el muelle.

-¿¿ Esa música que se oye?

-¡Oh! ya he dicho que está tocando la banda..



-¿. pues que nos haran una estatua?

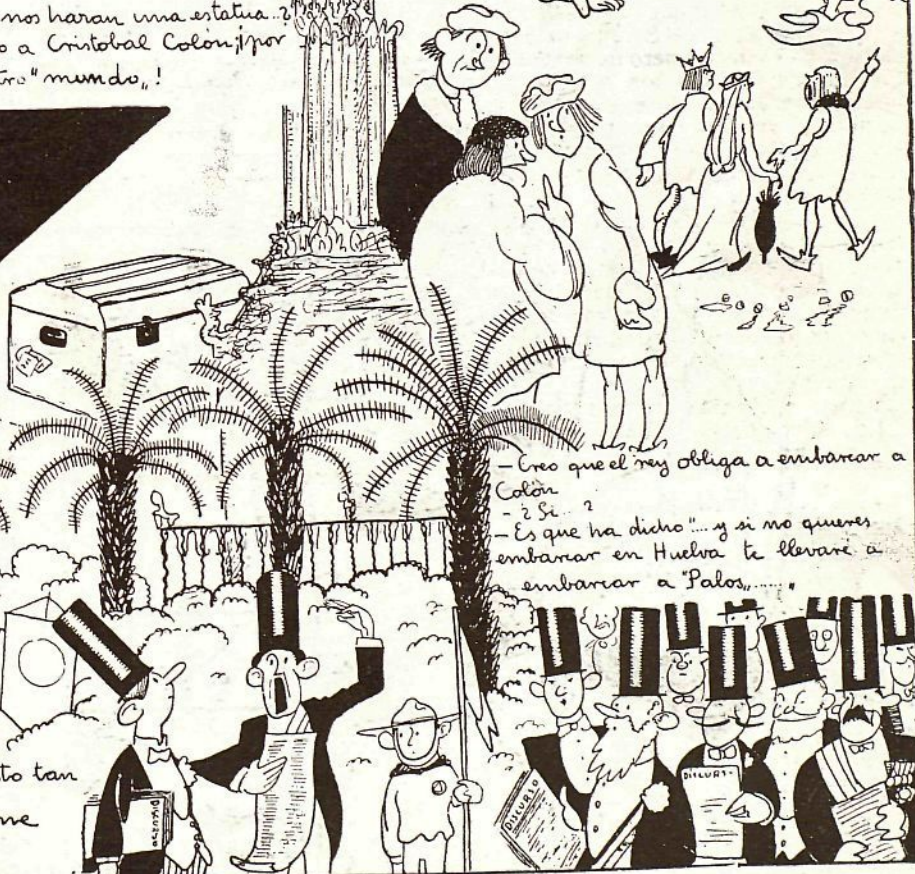
-¡Claro! como a Cristóbal Colón; ¡por descubrir otro "mundo"!

EQUIPA



Halla la estatua

-¡Ingratos! me han puesto tan alto, que ni siquiera me tocan las palmas.



-Cree que el rey obliga a embarcar a Colón

-¿ Si ?

-Es que ha dicho "...y si no quieres embarcar en Huelva te llevaré a embarcar a Palos,....."

Dib. SÁMA.—Madrid.

12 DE OCTUBRE, O LA FIESTA DE LA RAZA

"BUEN HUMOR" VERANEA

VII

Últimas notas.

FIN DE TEMPORADA.—Cada día tiene San Sebastián más aspecto de último día de fiestas; cada día la ciudad se reduce y en la playa y en las calles se notan los claros de los desertores.

Siempre quedan los últimos veraneantes; aún quedarán por algunos días, por algunas semanas, pero el veraneo está oficialmente terminado, se van quitando las colgaduras del veraneo y hasta se ha dado la señal para que las hojas de los árboles comiencen a desprenderse.

Parece que ha sonado la hora de salida del colegio. Todos salen, se atropellan, se disputan la cama del expreso o la plaza del correo.

Ya quedamos más en confianza to-

dos y tan camaradas como los que acaban juntos la carrera y se retratan en esas orlas llenas de emblemas y academicismo universitario. Los últimos, los tres o cuatro últimos veraneantes, serán los mejores amigos y jugarán muchas partidas de tute; hasta que, un día, uno de ellos se marche y, así, quede uno solo, quehará solitarios hasta que suene su hora.

Los celadores de la playa, que en agosto eran inexorables cuando se trataba de poner una multa al que se ponía a jugar a la pelota en la playa, o al que pretendía atracar allí su piragua, hoy, en estos días últimos, se ha dulcificado y como un amigo cariñoso que advierte un peligro, dándonos con la mano en el hombro, dice:

—¿Por qué no juegan ustedes un poquitín más allá?

—¿No les es lo mismo atracar más hacia el puerto, que hay menos gente?

—Póngase, póngase una toalla. Ese traje de baño es casi una provocación... A lo peor, coge usted una pulmonía, hombre.

Los crepúsculos son de peor calidad que los de días anteriores; de peores tintas, de gama más pobre; más baratos, sin duda. Crepúsculos para salir del paso, saldo de atardeceres por fin de temporada.

Se pretenden substituir las caras galas con que se adornaba el veraneo, con espectáculos baratos, tal como el de las mareas vivas, fácil y aparatoso, aunque de poco resultado y duración, Las olas, en espuma, se encrespan y levantan, como la torre blanca de una explosión. Es un espectáculo que no deja de tener aficionados, quizá porque consuele un poco del gris de los días, pero no basta para borrar el recuerdo de cuando, hace poco, no se reparaba en gastos para obsequiar al forastero con un buen sol o con una niebla fina, o fletando en el mar de arriba, más suave, la nave algodonosa de una nube.

LA RUBIA DEL KURSAAL.—He querido ver a la rubia del Kursaal, antes de marcharme. Sin duda, ya saben ustedes a quién me refiero. No hay novelista galante que en sus crónicas o en sus cuentecitos no nos la haya pintado como el mayor abismo de perversión. Sus señas son inconfundibles: juega, fuma, se baña en *maillo*, toma cocaína, es seductora. Mira desde el fondo verde de sus pupilas y a través de la cancela entornada de sus pestañas. Casi todos los cronistas y cuentistas veraniegos han caído en sus redes.

Confieso que sentí miedo al ir en su busca: tenía la experiencia de todas las experiencias ajenas. Sabía que, luego, deja a los hombres como guñapos inservibles para sus nefandos vicios.

Pregunté a un camarero, en aparte discreto.

—Dígame, ¿dónde está la rubia? La he buscado inútilmente por todas partes, en la sala de juego, en el dancin, hasta en el salón de lectura. No quisiera irme sin verla.

—¿Qué rubia, señor?

—¿Cuál va a ser? ¿Puede haber muchas como ella?

—Perdone el señor, pero...

—Yo quiero ver a «la rubia del Kursaal», aunque sólo sea de lejos. Es un monstruo de liviandad que ha causado muchos estragos entre mis compañeros de letras.

—Particularmente, señor, no sé de ninguna... como no sea aquella que está con su mamá...

El camarero era nuevo de este año y, además, no tenía ninguna cultura literaria. Fué imposible que me entendiese con él.



Dib. BELLÓN.—Madrid.

EL SUICIDA.—¡Este es un sitio estupendo! Pero ¿y si me rompo la cabeza contra esas piedras?...

Pasé a la dirección, pero allí tampoco quisieron darme cuenta de ella. Me aseguraron formalmente que no tenían contratada ninguna rubia, como no fuera la del guardarropa. Insistí, grité, protesté de que me la negasen, cité los casos de todos mis compañeros que estuvieron en sus brazos y se mecieron en sus pupilas... Fué tan rápidamente, que no pude apreciar qué medio emplearon para ponerme de patitas en la calle,

Sin duda, este año, la rubia del Kur-saal no está a la vista del público; tal vez la empresa, por codicia de no pagar bien sus servicios, la haya dejado perder y esté en otra playa extranjera.

Con su falta, la literatura galante veraniega sufrirá un rudo golpe.

EL CALOR.—A veces, no muchas, hay un calor tan grande, tan pesado, que para refrescarse uno un poco, no hay como decir:

—¡Qué calor estarán pasando en Madrid!

Y parece como si soplara un viento-cillo de satisfacción.

LA CIUDAD CESANTE.—Si se cerrasen las academias militares, Avila, Segovia, Guadalajara, Toledo, serían ciudades cesantes. Si se acabara la guerra de Marruecos (¡Ay, si se acabara!) y se viniera el ejército a la península, Melilla sería otra ciudad cesante. Si se acabase el mercurio o el cobre, Almadén y Riotinto serían ciudades cesantes. ¿Qué sería de Ubrique sin fabricar carteras, de Tarrasa sin paños, de Vich

sin salchichón y de Santoña sin penal? Todas ciudades cesantes, ciudades sin objeto.

Suspendido el juego, San Sebastián será una ciudad cesante, una ciudad casi sin objeto. Tendrá que buscarse otra profesión. Si se aplica, al cabo de unos años nos resultará ciudad fabril o algo así por el estilo.

Cesante y veraniega, sería la ciudad doblemente ociosa.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO

San Sebastián, septiembre.

P. D.—Me decido a hacer el viaje en tope.

N. de la R.—Enviaremos a nuestro corresponsal dos pesetas para que compre una almohada.

SAINETES
INSTANTÁNEOS

¡BUENA GUARDIA!

El juez en la calle y la jueza en el baileón.

JUEZA.—¡Que tengas buena guardia!
JUEZ.—Dios lo quiera, que no he visto carrera más azarosa, al par que peliaguda.
—Dímelo a mí, que estoy como viuda que se pasa la noche en un gemido, llorando las ausencias del marido. Cuando te corresponde estar de guardia, yo no sé por dónde el sueño se me va y el apetito y me paso pidiendo a Dios bendito, en pago del amor que te profeso, que no entiendas jamás en un proceso de esos que excitan a Madrid curioso, y por el cual te llamen juez celoso. Esto a mi limpio honor mucho le inquieta, pues pudieran creer que soy coqueta.
—¡Qué inocente!... No digas tonterías. ¡Si están llamando así todos los días lo mismo al juez que cumple que al inepto!
¿No ves que ese es un bombo de precepto?
—Que te llamen activo, que para eso sí que das motivo, porque de las Salesas para adentro me consta que no hay juez como el del Centro.
—Quede con Dios la jueza de mi vida, y otórgueme un favor por despedida: que digas al Señor, cuando le reces, que soy el más antiguo de los jueces y que verías con placer colmado que pronto se muriera un magistrado, para que de ese modo, vida mía, fuera yo magistrado al otro día; y, una vez magistrado, es evidente que podría llegar a presidente (si murieran aquellos compañeros que están en la plantilla los primeros). La cosa, como ves, no trae malicia...
—Vaya con Dios la gracia y la justicia... Pero, ¿qué es eso, llevas la cadena suelta del reloj, o el reloj has empeñado?
—¿Empeñarle?... No tal. ¡Me lo han robado! (Se registra el bolsillo izquierdo del chaleco.) Pero, ¿es posible?... Sí, no cabe duda. Ha sido aquella viuda que hace un rato limosna me ha pedido con débil voz y rostro compungido.

¡Robar al juez de guardia, qué baldón!
—Eso es ya no tener educación.
—Voy corriendo al juzgado, a darme parte de que me han robado.
—Siendo tú el juez, no creo que es preciso.
—Como particular, doy el aviso, como particular la rompo el alma si la encuentro, y después, con mucha calma, como juez imparcial la mando al palo, y eso porque no hay otro más malo, que si hubiera un castigo más cruel, no se iría sin él.
—¡Mal empieza la noche, según veo!
—¡Que no acabe peor es mi deseo!...

(Vase haciendo como que la envía besos y volviendo la cabeza hasta trasponer la esquina.)

CUADRO SEGUNDO

Despacho del juez en la casa de Canónigos, a las tres de la madrugada. Entra, muy afligida, una señora de la clase media.

—¿El señor juez de guardia?
—Servidor.
—Vengo muerta de espanto y de dolor. Mi marido, un truhán de siete suelas, de un bofetón me ha roto cinco muelas, y luego, el muy taimado, de casa se ha fugado.
—¿Pero, solo?
—No tal; con un moza que la sangre en las venas le retoza.
—Vea bien lo que dice... ¿Está usted cierta?
—Que me caiga aquí muerta si no digo verdad.
—¿Y dónde habita esa mujer maldita?
—En la calle del Prado, número 82, cuadruplicado. Es la esposa, si no recuerdo mal, de uno que ocupa un cargo judicial.
—¿Un cargo judicial?... ¡¡Virgen María!! (fuera de sí). ¡Corramos!
—¿Qué le pasa?...
(Llevándose las manos a la cabeza.)
—¡¡Que es la mía!!

TOMÁS LUCENO

Epístola de un suicida que va a quitarse la vida

Señor juez de guardia.

Muy señor mío y tardío amigo de toda mi consideración:

Lamento vivamente (o mejor dicho, difuntamente, porque estoy decidido a transformarme en cadáver pero que a escape) las molestias que, con seguridad, voy a ocasionarle. Siempre es una droga el ver que un semejante se afiza un golpazo para evacuar este perro mundo, y, por duro que se tenga el corazón, fastidia un poco el panorama de un gachó tendido en el extenso suelo, sin decir ni pío, ni Manolo, ni Zacarías, ni nada, y en actitud casi nunca elegante, al cual hay necesidad de levantar, por intempestiva que sea la hora y por pocas ganas que tenga de que lo levanten.

Yo le juro a usted que, con el fin de evitarle trabajos, sería capaz de intentar quedarme de pie después de haber fallecido. Dudo de que lo pueda conseguir, y eso amarga un poco mi última hora, pero confío en que usted sabrá dispensarme y me levantará, si estoy caído, con la pulcritud y la perfección que tanta fama le han dado.

Crea usted que me mato porque no tengo más remedio. Estoy solo en el mundo, pero solo como un hongo, y

nunca más exacta que ahora esa comparación, pues, como usted sabe, no hay en España más hongo que el que usa Romanones cuando sale por las mañanas a misa. Sin embargo, no es la soledad la que me precipita en la incoherencia de darme un tiro en el parietal. Quizás si estuviese casado me lo habría dado mucho antes, llevándome por delante jeso sí! a mi distinguida suegra para que me enseñase el camino del Averno, que todas lo saben de carrerilla. Me elimino del planeta porque, de no eliminarme ahora, fallecería espontáneamente el diez y ocho o el veinte del mes que viene, víctima de una preocupación que me corroee, me mina y me está haciendo la santísima pascua de Pentecostés desde el funesto momento en que se adueñó de mi espíritu. Esta preocupación nace de los sueños.

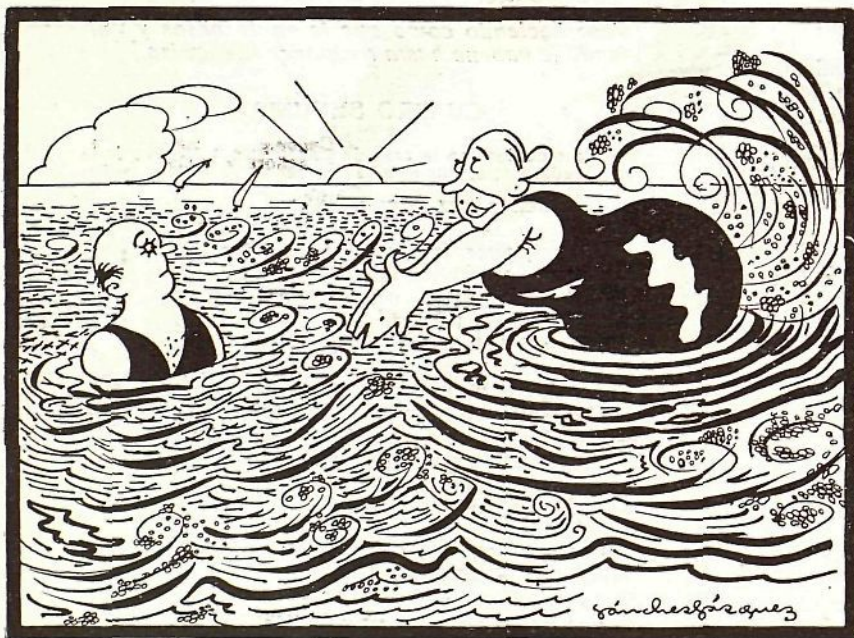
Yo, señor juez, tengo la triste fatalidad de que en cuanto Morfeo me estrecha entre sus brazos, comienzo a soñar atrocidades de tal calibre, que, o me llevo un susto de a folio, o me cargo un disgusto de a libra o me chupo una llorina que no hay quien me consuele ni comprándome un peón y llevándome a Maravillas. Apenas pego

los ojos, una legión de monstruos empieza a bailar el *agarrao* delante de este humilde servidor, o una serie de catástrofes inenarrables me toma por festigo, o un montón de calamidades públicas se cierne sobre mi cabeza y me enciende el pelo. ¡Y esto no puede seguir así!... Yo soy un poco tímido, y si he de hablar con total franqueza, tengo algo de gallina, aunque esto, por desgracia, sólo me ocurre de noche y a obscuras, pues de día claro y a la hora de comer, me pasa lo diametralmente contrario: que no tengo absolutamente nada de gallina, me ponga como me ponga y haga lo que haga. Efecto de mi timidez, los espantables sueños a que aludo han puesto mi organismo en tal estado, que moriría, no con la bala que me voy a incrustar en el lado derecho de la cabeza, sino sencillamente cargando el revólver con un botón de mi único calzoncillo o con un cacahuete de lo más liviano y de lo menos succulento que usted pueda imaginarse.

Usted dirá seguramente que qué clase de sueños son esos que pueden empujar a un hombre al abismo de la muerte pestífera y desagradable. ¡Ah, señor juez, una sucinta relación de algunos bastará para que usted me dé la razón y piense que he sido un descomunal imbécil en no desnudarme la crisma mucho antes!

Yo he soñado que era sacerdote y que tenía que escuchar la confesión de todos los pecados de *Chelito*. El acto de contrición de la eximia cupletista, como usted comprenderá, duró veintiocho años y medio, y eso que algunos pecados de los más largos no me los refirió por no cansarme demasiado. Aun no siendo severo, tuve que ponerla la penitencia correspondiente, que consistió en tres millones de padrenuestros y quinientos mil catorce credos, y como tuve que decir *jego te absolvo!* cuatro millones de veces, cuando me desperté yo tenía dormida la lengua. Aquel día no ingresé en el manicomio de Leganés porque no había localidades disponibles.

Yo he soñado otra vez que era presidente de la Academia Española, y que don Joaquín Sánchez de Toca se empeñaba en meter las narices allí. El terror que me invadió al pensar en la enorme catástrofe que podía ocurrir en el interior del local si don Joaquín las metía, hizo que me despertase con un ataque nervioso que me duró dos horas, a pesar de los ósculos que me prodigó el ama de llaves, que en eso de las caricias oportunas es el ama. Este sueño se me ha repetido infinidad de veces, y esta última semana todos los días. En una forma o en otra, don Joaquín viene a turbar mi reposo, a pesar de la frase angustiosa de *¡siempre Toca!* con que pretendo alejar el espectro. ¡Y comprenderá usted, señor juez, que las fosas de la Necrópolis



Dib. SÁNCHEZ-VÁZQUEZ.—Málaga.

—¡Mira, Secundino, cómo me acarician las olas!...

—¡Sí: el agua del mar siempre ha tenido muy mal gusto!

son preferibles a las fosas (nasales) del ilustre hombre ex público conservador!

Yo he soñado asimismo que adquiría en traspaso los grandes almacenes de *El Aguila*, y que el único parroquiano que entraba en el establecimiento era don Valeriano Weyler. Excuso añadir que salía en seguida, sin decidirse a hacer ninguna adquisición. La ruina de mi negocio era rápida e irrefutable, y mi muerte, repentina y fulminante. ¡*El Aguila* y yo hincábamos el pico con absoluta unanimidad!

Yo he soñado que tenía un hijo, y que Edmond de Bries se encargaba de su educación. Otro de mis sueños ha consistido en que me regalaban un loro que repetía *absolutamente todo* lo que ha dicho en su vida el inmenso Francos Rodríguez. Desperté con un dolor de cabeza tan disforme que, al pedir un sello para calmarlo, me dijo un galeno que como no me merendase

entera la Casa de Correos y algunas estafetas además, no respondía.

Yo he soñado que mi mujer me la pegaba con Bergamín, injusticia que me hizo llorar toda la noche. Yo he soñado que tenía una riña violenta con Rafael Gómez Ortega y que el *Gallo* me mataba, muerte larga y espantosa (estilo de la casa) que no le deseo al más aleve y nefando de mis enemigos. Yo he soñado que daba palabra a Loreto Prado y a Chicote de ser testigo de su boda, y el temor de no poderla cumplir por no estar seguro de llegar a la edad de ciento quince años, que es cuando calculo que ellos formalizarán el compromiso, me sumió en un hondo desconsuelo y en una acerba melancolía. Yo he soñado que hacía la promesa de no comer caliente hasta que se averiguase el paradero de las niñas desaparecidas, promesa insensata que me obligaba a mantenerme durante medio siglo de helados de fresa y de chicos de horchata.

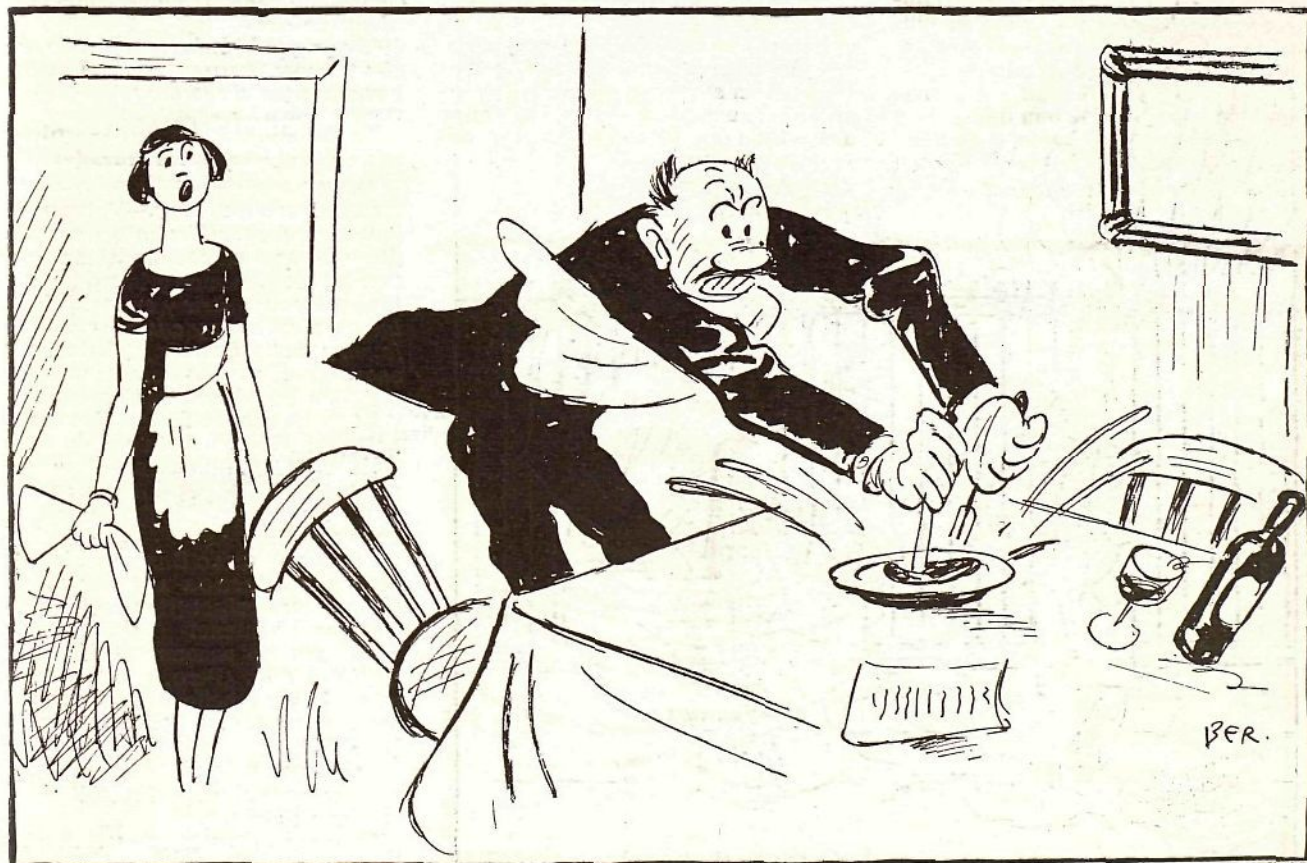
En fin: ¡a qué seguir!... Estos sueños, y otros como éstos, son suficientes para que usted, señor juez, comprenda y aplauda y hasta pida que se repita el estupendo tiro con que me voy a obsequiar dentro de breves minutos. Así no es posible que un hombre pueda aguantar la existencia, so pena de tener el apego a la vida que tienen Lerroux, Cambó, Olimpia d'Avigny, los leones del Congreso, las ratas del Retiro y otros seres indestructibles, permanentes y gigantescos.

Yo no soy así, y como no soy así, me parto el cráneo y hemos terminado.

Puede usted contar con la seguridad de que si, en vez de diñarla, viviera unos días más, sería su más afectísimo amigo y seguro servidor que le estrecharía la mano, *Anselmo Pedrezuela*.

Por la intromisión en este asunto,

NÉSTOR O. LOPE



Dib. BERGSTROM.—París.

—Pero, ¿qué hace usted, caballero?

—¡Pues darle a esta ternera la última estocada de la tardel...

BUEN HUMOR se vende en París en el quiosco 1.º del bulevar de la Magdalena (frente al número 27).

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA CRUZADA, por Cami

(CONTINUACIÓN)

CUARTO CUADRO

La entrada triunfal en Jerusalén

La decoración especial representa Jerusalén, inundada por los fuegos de una puesta de sol.

GODOFREDO DE BULIÓN.—¡Yo entro triunfalmente en Jerusalén!

LOS CRUZADOS.—¡Nosotros entramos triunfalmente en Jerusalén!

LOS HIJOSOLMITANOS (con rabia).—¡Ellos entran triunfalmente en Jerusalén!

QUINTO CUADRO

Secuestrados en el desierto

La escena representa un desierto ardiente.

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—Ocho días después de nuestra entrada triunfal en Jerusalén, hemos sido atraídos los dos a una emboscada, nos han

hecho prisioneros y secuestrado en este desierto ardiente.

EL CRUZADO PRUDENTE.—El sol va a ser nuestro verdugo.

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—La temperatura es muy elevada. Yo espero la muerte como una liberación.

EL CRUZADO PRUDENTE.—No os lamentéis, joven y bello Dunois. Voy a tratar de encontrar una idea, para librarnos de este mal paso. (Hunde la cabeza en la arena para pensar más profundamente y la levanta minutos después.) ¡Ya la tengo!

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—¿Una idea?

EL CRUZADO PRUDENTE.—Sí, una idea. (Con alegría.) Qué suerte que cuando los sarracenos nos abandonaron en el desierto, no nos despojasen de mis puertas.

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—¿Por qué?

EL CRUZADO PRUDENTE.—Porque esas puertas nos van a salvar una vez más.

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—No lo comprendo.

EL CRUZADO PRUDENTE.—Ahora lo comprenderá. (Coge las dos puertas, las coloca en pie sobre la arena, la una frente a la otra y a una distancia de veintidós metros.)

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—¿Qué hace usted?

EL CRUZADO PRUDENTE (abriendo las dos puertas colocadas frente a frente).—Establezco una corriente de aire. Pongámonos entre estas puertas.

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—¡Qué aire más fresco! ¡Al fin se respira!

EL CRUZADO PRUDENTE.—Gracias a mis puertas, podemos abandonar este desierto y regresar a nuestra patria en pequeñas jornadas. Cuando tengamos demasiado calor, restablecemos la corriente de aire.

(Después de haberse aireado suficientemente, cargan con las puertas y emprenden el camino.)

SEXTO CUADRO

El regreso de los cruzados

La escena representa el castillo del primer acto.

EL CRUZADO PRUDENTE.—Volvemos de Palestina (apercibiendo su castillo). ¡Pero, he aquí mi castillo, si mal no recuerdo! Coloquemos primero las puertas para poder abrir y entrar. (Coloca las puertas, abre y entra, seguido del joven y bello Dunois.) ¡Cielos! ¡Han saqueado el castillo durante mi ausencia! ¡Los ladrones se han llevado todo!

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS (intrigado).—¡Pardiez! ¡Cómo habrán podido entrar!

EL CRUZADO PRUDENTE.—¡Eso es lo que me digo! ¡No será fracturando las puertas, ya que me las llevé a Palestina en la grupa!

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—Estos ladrones modernos son ingeniosos. ¡Pero, ahora caigo! ¡Han debido de entrar por la ventana!

EL CRUZADO PRUDENTE.—¡Es cierto! Debe preverlo. ¡Pero, qué le ocurre a usted, joven y bello Dunois? Palidece usted a simple vista. ¿Estará usted enfermo?

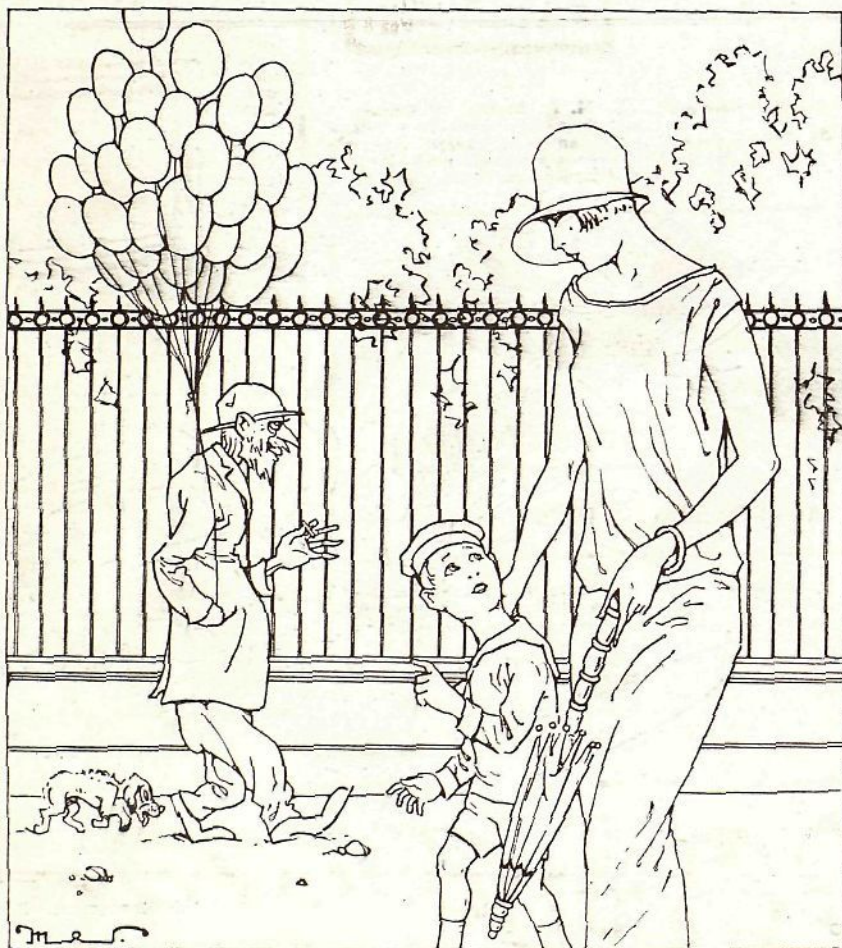
EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—Permítame que me retire a mi castillo. Voy a meterme en la cama.

EL CRUZADO PRUDENTE.—¿Meteros en la cama?

EL JOVEN Y BELLO DUNOIS.—Sí. ¡De fijo he cogido un enfriamiento en el desierto ardiente, con sus condenadas corrientes de aire!

TELÓN

E. N.



—Oye, mamá, yo quiero un globo.
—No, hijo; tú eres ya muy mayorcito para llevar eso.
—¡Pues mayor es ese señor y los llevé...

Dib. MEL.—Madrid.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Ruy Gómez. Madrid.
Desde que Dios hizo a Adán y Eva le dió la manzana no vi cosa más marrana que su cuento musulmán.

Lea usted "Vida Madrileña"

Anuncie en

Oficinas: Fuencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

L. E. S.—Esa tragedia de Don Ovidio Goma Laca es por desgracia más vieja que el traje que tenemos puesto en el momento de escribirle a usted estas cortas líneas. ¡Rejuvenezca usted su mente creadora, o de lo contrario perecerá usted literariamente antes de nacer!

Lepórido ligero. Madrid.—Aceptamos con un entusiasmo loco, y cayéndonos de gusto la baba, su humorístico trabajo. Reciba nuestra incandescente y fogosa felicitación.

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

S. M. P. Madrid.—¡Eso que osea usted decir en sus cuartillas de los guardias de seguridad, pruebe usted a decirselo a una pareja de las que pululan por la Puerta del Sol y verá usted la que se arma!...

Siempre dice Matilde:
«¡Qué guapo viene Bartolo desde que usa de Orive Licor del Polo!»

El hermano de su hermana.
Dos Hermanas.—¡Dios le ampare, hermano!

Liborio. Sevilla.

Esas flores a María son una majadería. Es decir, son muchas, tantas como flores; pero para decirlo en verso no pusimos más que una. Por eso hemos cambiado el verso por la prosa: para que quepan todas.

monumentos producidos por los artistas siguientes: F. de la Sierra, Tomás, R. Caballero, B. Madrid, Amorós, Contreras, Blan, Bueno, Malevo, Sanso y Chispero (los once, de Madrid); Chupito, Pele, Mauri, A. M. F., Cerdá y Soa Alcázar (los seis, de Marruecos); F. Car y

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

H. M. M. Escorial.—Ese chiste del bicarbonato de Sousa, es una cosa como para que le aten a usted a una columna y le estén prodigando azotes hasta que nosotros digamos ¡basta!... Que tardaríamos en decirlo.

Barbillo (los dos, de Barcelona); Gil-Losilla, Agamenón y Arromiz (los tres, de Zaragoza); Fito y Garcés Gómez (los dos, de Málaga); Nim (de Salamanca); L. Calvo (de Jaén); Barbazas (de Villalba); Jota Pencilo (de Valladolid); Víctor Antoine (de Boston, Lincolnshire, Inglaterra); C. García (de Alicante); V. Pascual (de Gijón); Carlos Bonell (de Valencia); Martín Víctor (de Getafe); y Román, Joserzoz, Antonio y A. Rico (los cuatro de procedencia ignorada).



HERNIAS

Bragueros científicamente.

J. Campos

único MEDICO ORTOPEDICO de MADRID

Augusto Figueroa 8

R. M. R. Martín. Madrid.—Su artículo es inconsistente y liviano como camisa de Chelito, como tela de cebolleta o como medio litro de aire comprimido (o sin comprimir).

LIBROS DE RISA

LUIS ESTESO

recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de grato placer.

Pts.

Chistes míos y de ustedes.	2,00
Teatro fácil (16 comedias).	2,00
Cincuenta monólogos.	2,00
Novelas y Monólogos escogidos.	3,00
Chistes y cuplés (70 cosas).	2,00
La sala del crimen (novela).	2,00
Animales caseros.	1,00
La Vanagloria (novela).	3,00
300 chistes nuevos.	1,00
Diálogos y entremeses.	1,50
Conferencias, monólogos, parodias y humorismo.	2,00
Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres.	1,00

Pedidos: LUIS SANTOS

Carretas, 9.—Madrid

Envíos contra reembolso



Señoras, señoritas:
Si queréis ser bellas y tener un cutis hermoso, usad los productos americanos:

"Bella Aurora"

VENTA: PRINCIPALES PERFUMERÍAS -3-

P. M. S. Cáceres.—Lo que usted exige de nosotros, no puede ser. Pero hay una manera de llegar a un arreglo. Si usted promete no volver a escribir tonterías y sobre todo no volver a enviárnolas, nosotros le juramos seriamente que no le volveremos a decir nada feo. No siendo así, no espere usted la menor compasión de nuestra parte.

Terremoto.—No sirve, como de costumbre. Y ya veremos quién se cansa antes: si usted de mandar artículos o nosotros de despeñarlos en el profundísimo cesto.

A. P. T.—Pas d'articles de radio-phonie, monsieur!... Nous l'avons déjà dit un milliard de fois, redieuz!

Ziffero. Logroño.

Muy corto y muy flojo, amigo Ziffero. Así que lo cojo y al cesto lo adhiero.

Trini Molina.—Tenemos el gusto de ponernos a sus pies con una galantería enorme (de lo poco que se usa hoy) y tenemos el pesar de comunicarla que sus cuartillas nos han dejado un poquito frappés. Suponemos que usted no se enfadará y que procurará hacernos entrar en calor con otras cuartillas más mediatas y menos cuadrículadas.

Dibujos que han ido al fondo cesto.—Por unas causas o por otras, porque los pies no tienen gracia o porque el dibujo no tiene pies (ni cabeza), porque tratan asuntos desagradables o porque los tratan demasiado agradables, porque Dios lo ha querido o porque nosotros lo hemos dispuesto así, el caso es que han sido declarados cesantes los

G. H. M. Madrid.—¡Eso es rematadamente beocio, y hasta sus mías las hotentocios!... Buen Humor, por fortuna, todavía no se lee en las alcantarillas ni en las cuevas de al Alhóndiga.

Doctor Tres Treses. El Ferrol. Aceptamos su trabajo. Envíe su firma para la publicación del ídem.



CREMA Polar

Para la limpieza de los dientes -1- Cura el dolor de muelas -1- Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Entre mendigos.

—¿Dónde vas con los ojos al natural? ¿Por qué has dejado de hacerte el ciego?

—Porque me cansé de hacer el primo. ¡Me largaban perras gordas extranjeras, y me pedían cinco de vuelta!

Juan Rizzo.—Barcelona.

—¿Vas al café de *El gato negro*?
—De noche no hay *gato negro*.
—¿Es que lo cierran?
—No, pero de noche todos los gatos son pardos.

Perecito.—Madrid.

El colmo de un zapatero.
Poner tapas de jamón a una bota de vino.

D. Ramírez.—Estación Baeza.

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

En la comisaría.
—¿Qué años tiene usted?
—¡Veintidós!
—¿Oficio?
—Ninguno.
—¿Domicilio?
—¡El que el señor juez me quiera dar!

J. V. P.—Madrid.

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

EL ENFERMO.—¿Y cree usted, doctor, que un susto repentino, una impresión demasiado fuerte, pudieran ser causa de una recaída en mi enfermedad?

EL DOCTOR.—Indudablemente.

EL ENFERMO.—Entonces, le ruego que no me envíe la cuenta.

Carlos Nival.—Granada.

El colmo de un limpiabotas.
Echar petróleo Gal al cepillo, para que no se le caiga el pelo.

Ignacio Esquinas.—Melilla.

En un pueblo, durante la visita pastoral.

EL ALCALDE.—Encuentro a Su Ilustrísima más desmejorada que la última vez que estuvo aquí.

EL OBISPO.—Es que he estado enferma.

Rafael Callao.—Granada.

El colmo de un farmacéutico:
Calzarse un par de boticas.

José Vargas.—Granada.

Bodegas de los CEAS
Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

—¿Cuál es la fruta más temprana?
—El alba-ricoque.

Ben-Kain.—La Unión.

—¿En qué se parece un gramófono a un melón?

—En que *está blando por dentro*.

Moneda Rota.—Gijón.

AMADOR
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

Andaluzadas.

—Yo tengo un sueño la mar de *pesao*. Esta mañana me desperté con los *deos pegaos* a la frente. ¡Y es que me quedé dormido al hacer la señal de la cruz!

—Más gordo fué lo que me pasó a mí, que me desperté un día con las manos en la cama y los pies por alto.

—¿Y cómo pudo ser eso?

—¡Que me quedé dormido en el momento de saltar para acostarme!

Camufías.—Madrid.

En el café.

EL CAMARERO.—¿Qué va usted a tomar?

EL PARROQUIANO.—¡Tengo una sed bárbara! ¡Tráigame algo con mucha agua!

EL CAMARERO.—¡Le traeré un vaso de leche!

A. Rico.

En la escuela.

—Vamos a ver, pequeño: ¿qué pesa más, un litro de agua o un litro de vino?

—Un litro de vino.

—¿Y en qué te fundas para decir que el vino es más pesado?

—En que mi padre, cuando bebe agua anda muy ligero, pero cuando bebe vino le traen a casa entre dos guardias y no pueden con él.

Francisco Grovas.—Barcelona.

El perfume de su aliento a cien leguas se percibe. No me extraña, porque usa Licor del Polo de Orive.

Pregunta desconcertante:

—¿Su madre de usted tuvo hijos?

—¡Naturalmente, señorial! ¡Yo, por ejemplo!

—Es que, como usted no los tiene, podía ser una particularidad de la familia.

Eme Efe.—Madrid.

Parecido entre un inglés que se disfraza de oso y un crimen cuyo autor se desconoce:

Que es mister y oso.

Kamel-trot.—Barcelona.



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

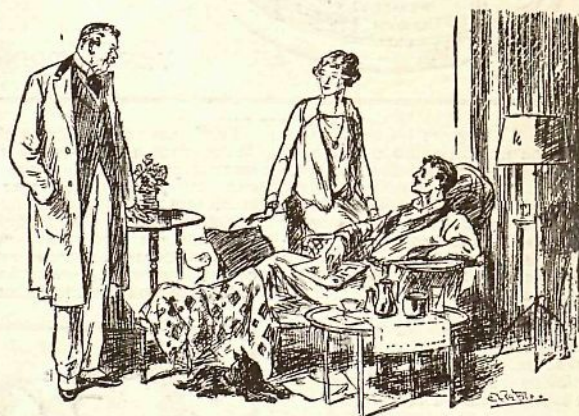
Entre maletas.

—Oye, ¿por qué le cortaste el pelo a tu mujer, en la bronca del otro día?

—¡Chico, la afición! ¡La confundí con un miura y quise descabellarla!

Benjamín López.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.



(De Life, Nueva York).

EL DOCTOR.—Usted debe su maravillosa cura a los cuidados solícitos de su esposa.

EL ENFERMO.—Gracias, doctor, por su bondad. Haré el cheque de honorarios a nombre de mi señora.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centav.s.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros graciosos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelitero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebeldes que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

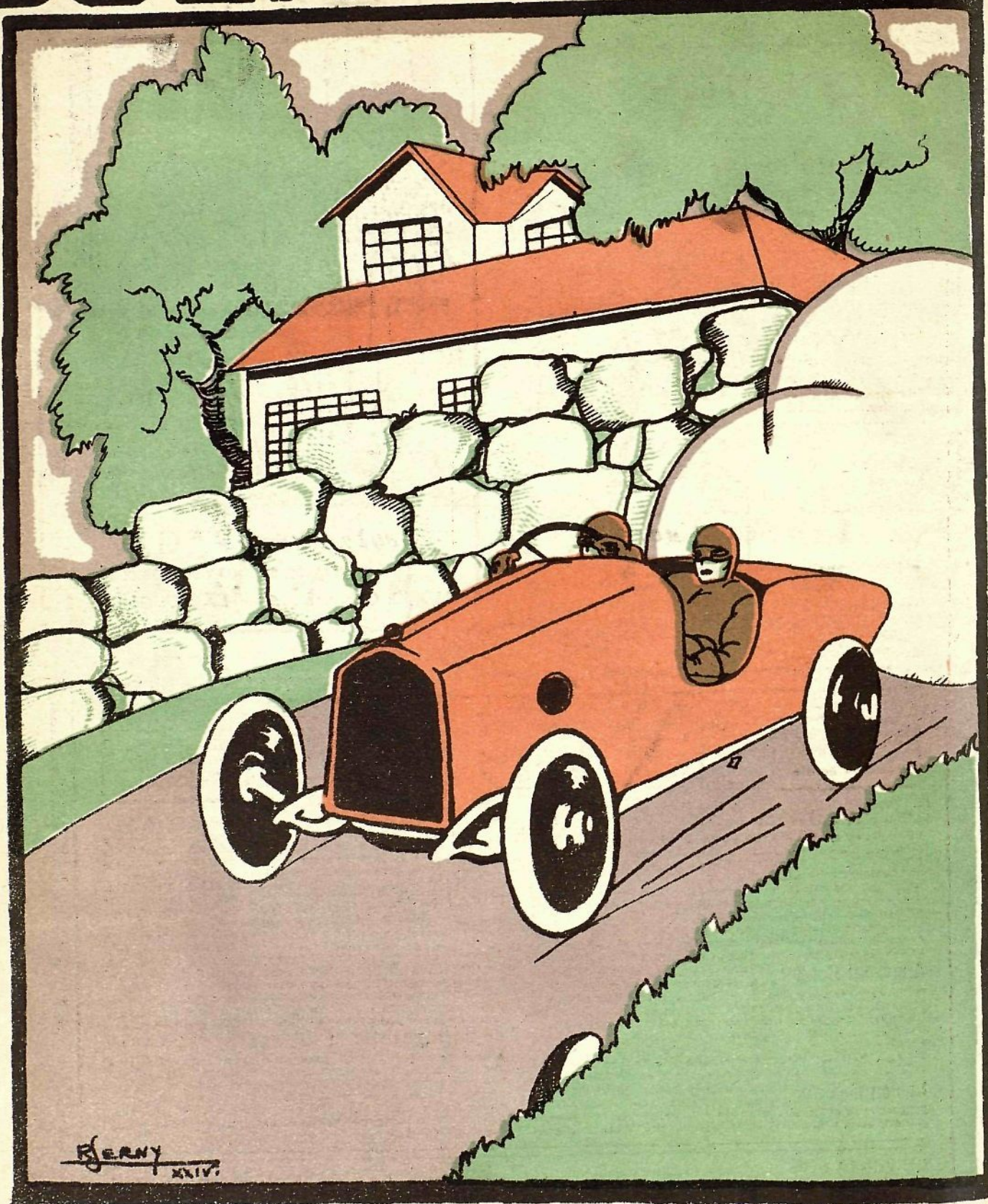
Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Redne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin faltarlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.—

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. SERNY.—Madrid.

—¡Figúrate que se me escapase el volante, con esta velocidad!...

—Pues nada. ¡¡Nos mataríamos corriendo!!